

La monja alférez

Domingo Miras Molina

PERSONAJES

por orden de intervención:

CATALINA DE ERAUSO, *la Monja Alférez.*

ECHAZARRETA, *viejo marino.*

CATALINA DE ALIRI, *monja.*

DOÑA URSULA DE UNZÁ Y SARASTI, *priora del Convento.*

OTAZOLA, *padre franciscano.*

DON MIGUEL DE ERAUSO, *capitán, hermano de Catalina.*

SILVA, *un amigo de la Monja Alférez.*

UN DESERTOR, *compañero ocasional.*

DOÑA MARÍA DÁVILA, *dama.*

DON PEDRO DE CHAVARRÍA, *marido celoso.*

EL CID, *un matón profesional.*

ARTEAGA, *secretario del Obispado.*

FRAY AGUSTÍN DE CARVAJAL, *obispo.*

URBANO VIII, *el Romano Pontífice.*

MAGALONE, *un cardenal.*

Jugadores, frailes, algún mirón, monjas, dueñas y diversas voces.

**La acción, a comienzos del siglo XVII, en San Sebastián,
Perú, Roma, y en alta mar.**

Cuadro I

Camarote de un galeón español del siglo XVII. Maderas labradas con primorosa talla. Los escasos muebles son pesados y oscuros. Al fondo, ventana con vidriera de romboidales cristales emplomados. Sentada ante una mesa, CATALINA DE ERAUSO, más conocida a la sazón como la Monja Alférez, escribe. Interrumpe su tarea y se reclina en el alto respaldo de su sillón, mordisqueando las barbas de la pluma en actitud meditabunda. A juzgar por su aspecto, ronda la cuarentena. Viste ropas masculinas: camisa de hombre con los cordones de las mangas desatados, y botas altas sobre el calzón. Una corta melena como la suelen llevar los varones de su época completa su catadura varonil, subrayada por la enérgica expresión de sus facciones. De un remate del respaldo cuelga su ya famosa espada de guardas de plata, así como el jubón de ante del que se ha despojado para defenderse de los calores de julio, que es el mes que corre del año del Señor de 1630. Toma una de las hojas de papel en que ha estado escribiendo, y lee para sí. Displicente, con un giro de muñeca la manda a que de nuevo se pose sobre la mesa. Golpean en la puerta.

CATALINA.- ¡Pase!

(Entra DON MIGUEL DE ECHAZARRETA, cuya roja faja anudada con abultado lazo acredita su condición de general de la flota. La blancura de su perilla y mostacho, junto con las arrugas del rostro, denuncian que ya pasó la sesentena, aunque se mantiene erguido y jaquetón).

ECHAZARRETA.- ¡Pero qué es esto, don Antonio de mi alma! ¡Qué hace aquí, encerrado y pluma en ristre como un pendolista, cuando todos están en cubierta sin faltar uno! Tenemos a estribor el cabo de San Vicente, véalo, **(Mientras abre la ventana.)** que ya es la última tierra española que veremos hasta que Dios sea servido. Todos se despiden de ella dando voces con los sombreros al aire si no es el alférez Erauso, encerrado como cartujo. Desde aquí se ve mal, lo estropea la

proa del «San Agustín», pero arriba del castillo lo verá muy bien. Vamos, don Antonio, no se quede aquí solo.

CATALINA.- Cuando esté a la vista la tierra de las Indias, yo seré el primero que la salute. La que dejamos atrás para qué mirarla, si sé que no la he de volver a pisar.

ECHAZARRETA.- ¿Qué no piensa volver a España? Pues qué, ¿tan mal le ha ido en ella?

CATALINA.- No es eso, sino que en las Indias es donde me siento en mi casa, sin las trabas de aquí, y estos pueblos pegados unos a otros, que desde lo alto del caballo se ven tres o cuatro lugares a la vez, y aún más. No gusto yo de tales apreturas, necesito más espacio que correr.

ECHAZARRETA.- Aún es joven, don Antonio, por eso gusta de lo nuevo. Cuando tenga mis años conocerá que no hay tierra como la nuestra vizcaína, no hay otra. Todavía le queda mucho que andar, pero yo he de retirarme ya bien pronto a mi caserío, a sentarme en el banco de la puerta, a la sombra de un roble que plantó mi bisabuelo y que todavía está creciendo... Desde allí se ve el mar a lo lejos, entre dos cerros verdes...

CATALINA.- Pues yo soy nacido en San Sebastián, pero nada me queda allí. La casa de mis padres es ahora de una hermana mía, y sobre eso, cuando hace cuatro años volví después de toda una vida de trajines y batallas en las Indias, mi madre no me quiso ver ni recibir por no afrentarse con mi presencia, así que ya ve, don Miguel, que yo no tengo en nuestra tierra el descanso de mis trabajos...

ECHAZARRETA.- ¡En Dios y en mi ánimo! ¿Que su madre no le quiso recibir?

CATALINA.- No hablemos de ello, señor de Echazarreta. Mi madre ya ha muerto, y sus razones tuvo para no verme.

ECHAZARRETA.- No quiero porfiar, aunque sí le digo que una hija así, antes da honra que la quita.

CATALINA.- ¿Pues qué? ¿Acaso sabe por menudo cuál ha sido mi vida?

ECHAZARRETA.- Sé algo de lo que pregona la fama, y que andan historias escritas y comedias representadas sobre la Monja Alférez, aunque confieso que yo no las he leído ni visto por la falta de ocasión.

CATALINA.- Yo, en cambio, sí he visto en Madrid una comedia escrita por un Juan Pérez de Montalbán que se llama La Monja Alférez en la que todos mis cuidados son si se casa o no se casa con su dama un amigo mío que el señor poeta se ha inventado. Mucha ignorancia y mucha mentira hay en esas historias impresas que de mí corren, y aún más disparates hay en las que se cuentan y relatan de memoria unos a otros, por eso me han aconsejado que ponga remedio escribiendo yo mismo los hechos de mi vida y en ello ando despuntando plumas desde hace algunos meses.

ECHAZARRETA.- ¿Y eso es lo que ahora escribía con tanta aplicación?

CATALINA.- Esto mismo, don Miguel. Pienso que, si aprovecho estos días de navegación que son tranquilos y desocupados, bien podré alcanzar con mi cuento hasta estos mismos días de ahora y poner así ras con ras mi pasada historia y mi presente vida.

ECHAZARRETA.- ¿Y cuánto lleva hecho, don Antonio? ¿Le queda mucho?

CATALINA.- Lo esencial, que son los años que pasé en las Indias cuando me llamaba don Alonso Díaz Ramírez de Guzmán, ya está escrito, y también una parte de lo que sigue. Estoy ahora poniendo en el papel lo de mi viaje a Roma, que fue hace cuatro años, cuando ya todos sabían que yo era mujer, aunque me llamase don Antonio de Erauso.

ECHAZARRETA.- Pues vea, si yo tuviese que escribir toda mi vida, más trabajo tendría y más sudores que bajo los cañones de una flota holandesa. No se hicieron para mí las faenas de pluma.

CATALINA.- ¿Y piensa que para mí sí se hicieron?

ECHAZARRETA.- Por fuerza, si lleva escrito cuanto dice.

CATALINA.- A veces parece que me sopla un ángel y escribo los folios tan de corrido que me duele parar, aunque sólo sea para mojar la pluma.

ECHAZARRETA.- ¡No decía yo!

CATALINA.- Pero otras, vive Dios, me atasco por culpa de sólo una palabra y todo lo doy al diablo con una tal cólera como nunca antes he tenido.

ECHAZARRETA.- Más paciencia debe de necesitar que un fraile.

CATALINA.- De cerca me pasa lo del fraile, puesto que soy monja. ¿Es eso lo que quiso decir?

ECHAZARRETA.- No quise decir nada que le ofendiera, don Antonio, bien puede creerme.

CATALINA.- No me ha ofendido en ninguna manera, señor mío. Es cierto que fui monja, pero también es cierto que por falta de paciencia me escapé del convento, así que la paciencia del fraile que dice que necesito, no está en mi mano, y tengo que escribir como Dios dispone.

ECHAZARRETA.- Lo de que escapó del convento, ya lo había oído. Dicen que era abadesa, y que saltó por la tapia del huerto...

CATALINA.- (Ríe.) ¿Abadesa? ¡Pero si tenía quince años!

ECHAZARRETA.- ¡Cuerpo de mi padre! ¿Quince años?

CATALINA.- Era una novicia de quince años, y me salí por la puerta, sin saltar tapia alguna.

ECHAZARRETA.- ¿Y con tal edad ya se hizo soldado y empezó su vida de peleas y batallas?

CATALINA.- No, fui primero criado y cambié de amo varias veces. Cuando me cansaba de estar con uno, le robaba los dineros que podía y me buscaba otro.

ECHAZARRETA.- Eso no puede ser. Que la Monja Alférez sea una ladrona, no lo he oído nunca.

CATALINA.- Yo no era entonces la Monja Alférez, sino una criatura que no sabía lo que quería. ¿Quiere saber los amos que tuve? Vea, lo primero que hice al salir del convento fue estarme tres días en un castañar que había a su misma espalda, comiendo hierba y cosiendo sin parar: con el hábito me hice ropa de hombre, me corté el pelo, y luego fui andando de noche a campo través, hasta dar en Vitoria. Allí serví tres meses al doctor don Francisco de Cerralta, que porque yo leía bien el latín se empeñó en que había de hacerme médico, mire qué ocurrencia. Le cogí unos cuartos y me fui a Valladolid, donde estuve siete meses al servicio de don Juan de Idiáquez. Por algo que no viene el caso, le hurté ocho doblones y con un arriero me mudé a Bilbao; allí

me pasé un mes en la cárcel por una herida que hice a un muchacho. Cuando me soltaron me bajé a Estella, y allí fui paje de don Carlos de Arellano durante dos años. Cuando me cansé de aquella paz, me fui a Pasajes y desde allí, por mar, a Sanlúcar y Sevilla, y como grumete me embarqué para las Indias en el galeón de don Esteban de Eguiño, que me tomó a su servicio y así fue mi cuarto amo. En aquella flota, iba de capitán de un patache de galeones el señor don Miguel de Echazarreta, con que vea si su merced y yo ya hemos estado cerca otra vez antes de ahora. Cuando estuvimos en las Indias, le robé a mi amo quinientos pesos cuando ya la flota levaba anclas para volver, y me quedé allí. Pasé a Panamá, y serví por tres meses a Juan de Ibarra, pero era un amo tan malo y mezquino, que en vez de robarle yo a él, me robaba él a mí, así que lo cambié por Juan de Urquiza, que era comerciante y hombre muy, cabal, que desde el principio me trató bien y me dio toda su confianza, de manera que nunca se me pasó por la cabeza hacerle cosa que me deshonrase, pues y a para entonces tenía yo más seso y antes me hubiera cortado una mano que coger con ella lo que no era mío.

ECHAZARRETA.- Por Dios, eso ya es otra cosa y se me quita un gran peso de encima.

CATALINA.- ¿Pues es acaso mi padre, para tener tanto cargo sobre mis bellaquerías de muchacho?

ECHAZARRETA.- No, por cierto, pero ya es bastante con ser paisanos y tratarnos de amigos para que su buena fama y opinión sean de mi cuidado. Pero dígame, don Antonio, ¿cómo es que iba yo en la flota en que pasó a Indias, y nada supe ni de nada me enteré?

CATALINA.- ¿Y de qué se había de enterar? ¿Había de conocer, por ventura, a todos los grumetes y pajes que iban en todas las naves? Yo era un mancebo como cualquier otro, y por tal era tenido sin que nadie soñase que era moza y no mozo, así que no llamaba la atención como ahora, que no puedo dar un paso sin que todos vuelvan la cabeza a mirarme.

ECHAZARRETA.- Sí, pero... No se vaya a ofender, por Dios, don Antonio, pero... si tenía dieciséis o diecisiete años... y los grumetes no llevan mucha ropa...

CATALINA.- No siga, que ya le entiendo. Esa dificultad ya la había resuelto años antes, cuando vivía en Valladolid. Entonces estaba allí la Corte, y por ella pasaban muchos forasteros. Uno de éstos, creo que italiano, me vendió un emplasto para aplicar en el pecho. El efecto que tuvo fue muy doloroso, pero muy a mi deseo, pues las tetas que empezaban a crecer se secaron y quedaron como las de un hombre, y así me remedí.

ECHAZARRETA.- ¿Y eso también lo ha escrito en sus papeles?

CATALINA.- Procuero escribir sólo los sucesos que me parecen dignos de ser escritos.

ECHAZARRETA.- Y dígame, por mi vida, ¿dará a la imprenta su historia, una vez que esté compuesta?

CATALINA.- Si se ofrece la ocasión sí lo haré, que quiero que las gentes conozcan cuál fue mi verdadera vida, y no las patrañas que corren.

ECHAZARRETA.- Pues ya tiene delante al primer comprador de su libro, con tal que no se demore tanto su salida que venga yo a morirme antes, que no me quedará mucho.

CATALINA.- ¡Don Miguel de mi alma, pero qué niñerías son éstas!

ECHAZARRETA.- Por sí o por no, sáquelo cuanto antes, don Antonio, que ardo en deseos de tenerlo en las manos.

CATALINA.- Pues por eso no pene porque los papeles que llevo escritos, bien los puede mirar y leer a toda su comodidad y gusto, que yo estaré muy honrado de que así lo haga.

ECHAZARRETA.- ¡Válgame Dios! ¿De verdad, de verdad me lo ofrece, o es cortesía de palabra?

CATALINA.- No suelo yo ofrecer lo que no pienso cumplir.

ECHAZARRETA.- ¡Oh, señor de Erauso, y cómo le estoy reconocido!

CATALINA.- Estos folios ya los he cosido y llegan hasta mi viaje a Italia. Cuando quiera leerlos, no tiene sino que pedírmelos.

ECHAZARRETA.- Ya quiero, don Antonio, ahora mismo y en este punto.

CATALINA.- Pues lo dicho. Sin embargo, no quiero que salgan los papeles de este camarote, de manera que tendrá que leerlos aquí, si no le incomoda.

ECHAZARRETA.- Yo haré como me diga. Siga, siga escribiendo, que yo leeré sentado aquí, sin para nada molestarle.

CATALINA.- Saldré a cubierta a tomar algo de fresco, y puede que entre en el juego de cartas que en su camarote tiene esta noche el capitán Garrido, así que le dejaré un buen rato. **(Se ciñe la espada.)** Quede con Dios, don Miguel.

ECHAZARRETA.- ¿Y qué necesidad tiene de llevarse la espada?

CATALINA.- Me puede creer, que no sé andar si no siento su peso al lado izquierdo. Si la lectura le cansa, déjela sin empacho, que no me ofenderé por eso. **(Sale, y cierra tras de sí.)**

ECHAZARRETA.- **(Se sienta en el sillón que antes ocupaba CATALINA, y toma el cuaderno.)** Por Dios, que es curiosa mujer esta doña Catalina o don Antonio, que dicen que recorrió todos los reinos del Perú repartiendo cuchilladas y mandobles sin que nadie la pudiera resistir, o que mató en duelo a su propio hermano... el diablo sabe cuántas son las cosas que se cuentan sobre ella, a saber las que sean verdad y las que no lo sean... Este cuaderno sin duda lo pondrá todo en su punto, aunque bien puede ser que ella adorne algunas cosas y se calle otras, que, al fin, su propia honra es la que aventura... El primero debo de ser que tiene en las manos este cuaderno, aunque no sé... me lo ha ofrecido y dado muy a la ligera, sin duda ya se lo ha enseñado a otros en España, que lo han visto antes que yo... Buena letra, sí tiene, sí... Veamos... **(Lee.)** «Nací yo, doña Catalina de Erauso, en la villa de San Sebastián de Guipúzcoa, en el año de 1585, hija del capitán don Miguel de Erauso y de doña María Pérez de Galarraga y Arce, naturales y vecinos de aquella villa. Criáronme mis padres en su casa, con otros mis hermanos, hasta tener cuatro años. En 1589 me entraron en el convento de San Sebastián el Antiguo, de dicha villa, que, es de monjas dominicas, con mi tía doña Ursula de Unzá y Sarasti, prima hermana de mi madre y priora de aquel convento, en donde me crié hasta tener quince años, en que se trató de mi profesión. Estando en el año de noviciado, y a cerca del fin...».

(Se desvanece suavemente la luz.)

Cuadro II

Celda de la PRIORA del convento de San Sebastián el Antiguo. Blancos muros y simplicísimo mobiliario. Una negra cruz está pintada sobre el dintel de la puerta, un crucifijo cuelga sobre la cabecera de una cama elemental junto a la que hay una mesilla con un libro. En la pared, una pequeña alacena con puertas de celosía y, a la otra parte, una escarpia que sujeta una anilla de cuero que ensarta un manojo de llaves. Una novicia de blanca toca y delantal de faena, arrodillada en funciones de fregona, moja y escurre la bayeta en cubo de madera para después pasarla sobre las losas bermejas. Es una jovencuela flaca llamada CATALINA DE ERAUSO, y no parece muy feliz con su labor. Se incorpora y estira, apoyando una mano en los riñones, deja con energía la bayeta en el borde del cubo, y se levanta para dirigirse con decisión a la alacena, que abre tras un rápido vistazo a la cerrada puerta. Saca una garrafillo, la destapa, se la aplica a la boca y la empina un poquito. Un breve trago y la tapa de nuevo, volviéndola de inmediato a su lugar. Cuando está cerrando la celosía, se abre violentamente la puerta de la celda y hace su entrada la robusta monja dominica DOÑA CATALINA DE ALIRI, alterada y descompuesta por la cólera que trae.

CATALINA.- (Aún de espaldas a la puerta, y sobresaltada al oír que se abre.) ¡Jesús, tía!

ALIRI.- ¡Estás aquí, bribona!

CATALINA.- (Descarada.) ¿Qué se ofrece?

ALIRI.- ¿Que hacías en la alacena? ¿Eh?

CATALINA.- (Dignísima.) No hacía nada. Estaba limpiando.

ALIRI.- ¡Mentira! ¡Que diga limpiando! ¡Curioseando a escondidas y fisgando lo que no debes! (Abre la alacena y mira en el interior.)

CATALINA.- Su reverencia es la que está curioseando y fisgando lo que no debe. Ésta es la celda de mi tía.

ALIRI.- Y si tu tía fuera discreta, no te dejaría aquí sola. ¿Qué hacías en esta alacena?

CATALINA.- Ya se lo he dicho. ¿Quería algo?

ALIRI.- ¿Qué si quería algo, grandísima puerca? ¡Coge ese cubo y ven a mi celda, que la friegues!

CATALINA.- ¡Ya la he fregado!

ALIRI.- Pues la vas a fregar otra vez, hasta que quede a mi gusto.

CATALINA.- No piense que lo haga.

ALIRI.- Si no aprendes humildad, hija mía, nunca saldrás de novicia. No sé si me entiendes.

CATALINA.- La entiendo muy bien, doña Catalina.

ALIRI.- Pues, entonces, friega mi celda como Dios manda, y no se hable más.

CATALINA.- No, señora; no, en mis días.

ALIRI.- Yo hablaré con tu tía, que castigue tu suciedad y tu desvergüenza.

ALIRI.- ¿A qué hueles tú? A ver, échame el aliento.

CATALINA.- ¡Déjeme, déjeme tranquila, si es que puede!

ALIRI.- ¡Tú has bebido, borrachona! ¡Tú has bebido! ¡De aquí, de la garrafica! (**La destapa y la huele.**) ¡No decía yo! ¡El vino de la vieja golosa, se lo traga la lagarta de su sobrina! ¿Qué dices ahora, eh? ¡Esto sí que se lo digo, que sepa las ladronas que hay en su familia! ¡Tenlo por dicho, culebrilla ruin! ¡Veremos si de ésta no te manda tu tía a tu casa, a que tu padre té deslome a correazos!

CATALINA.- ¡No haga que me ría, doña Catalina!

ALIRI.- ¡Yo sí que he de reír, cuando te echen del convento a patadas, ladrona!

CATALINA.- ¿Pero es que piensa su reverencia que mi tía se cree algo de cuanto le dice? Pues sepa que hace la higa a sus espaldas. Mil veces la he oído tratarla de viuda caliente con la cabeza floja por mal de hombre.

ALIRI.- Eso lo has de repetir delante de ella y de mí, lengüecica de judío, que yo sepa si es verdad que lo dice ella o si es que lo dices tú.

CATALINA.- ¿Que lo digo yo? Yo no digo sino lo que cuelga, que si el cuerpo le pide hombre, será que es puta.

ALIRI.- ¿Qué has dicho? ¡Repítelo!

CATALINA.- ¿Y a qué repetirlo, si ya lo ha oído?

ALIRI.- Quiero oírlo otra vez.

CATALINA.- Si es así, en su servicio lo digo. ¡Puta!

ALIRI.- (Le da una bofetada.) ¡Toma!

CATALINA.- (Tocándose la mejilla.) ¡Válgame Dios! ¡Pero si dijo que lo quería oír!

ALIRI.- ¿Tienes bastante, o quieres más?

CATALINA.- (Con una bofetada a la de ALIRI.) ¡Quiero más!

ALIRI.- ¡Pues lo vas a tener! (La abofetea a dos manos.)

CATALINA.- (Resguardándose del temporal.) Déjeme, no me acabe la paciencia, que yo también tengo manos.

ALIRI.- (Arrancándole las tocas y cogiéndola del pelo.) ¿Tú, manos? ¡Para robar, será!

CATALINA.- (Procurando devolverlos golpes.) ¡En tu daño lo has de ver!

ALIRI.- ¡Qué daño has de hacer tú, lombriz! ¿No ves que tengo más carnes y más fuerzas? ¡Ven aquí, lagartija, que te voy a poner más blanda que una breva! ¿Quién es puta, tú o yo? Vamos, dilo con esa boca antes de que se quede sin dientes, ¿quién es puta?

CATALINA.- ¡Tú, tú, viuda caliente, tú!

ALIRI- ¡Te arrancaré la lengua, sabandija! ¡Te he de sacar las tripas por la boca!

(La pelea entre ambas, ya desde las últimas réplicas, es feroz. La escandalizada entrada de la Priora, DOÑA ÚRSULA DE UNZÁ Y SARASTI, pone repentino fin a la deplorable escena.)

DOÑA ÚRSULA.- ¡Cristo crucificado, Dios de misericordia! ¡Ay, Dios mío, Dios mío, Dios de mi vida! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay! ¡Ay, pero qué es esto, qué es esto, Señor, qué es esto! ¡Igual que dos mujeres del partido, revolcándose por el suelo! ¡Lo mismo que las mujeres malas, lo mismo! ¿Qué os ha entrado en el cuerpo, pécoras? ¿Qué habéis comido? ¿Qué fuego del infierno tenéis en las tripas? ¿Así honráis vosotras a nuestro esposo Jesús?

CATALINA.- No hacíamos nada deshonroso, tía, era una pelea noble...

DOÑA ÚRSULA.- Calla, calla, vergüenza de mi rostro, baldón de mis canas, ya hablarás cuando te pregunte, calla y deja que hable primero quien tiene más edad que tú. Qué es esto, doña Catalina, cómo pudo estar su caridad en la manera que estaba, dígamelo, por Dios, que aun habiéndolo visto no paso a creerlo.

ALIRI.- Tampoco yo lo creyera, doña Úrsula, sino que esta picudilla me ha sacado de mí, que porque le reprendí la poca limpieza y el picoteo al vino de esa garrafilia, se me engalló la niña y me plantó las cuatro letras con todo su desahogo.

DOÑA ÚRSULA.- ¡Jesús!

ALIRI.- También yo me espanté, y con el sofoco en ver que lo sostenía y repetía, perdí la contención y se me fue la mano. Y de aquí vino lo que su reverencia encontró.

DOÑA ÚRSULA.- (A la de ERAUSO.) ¿Es verdad eso, Catalinica? ¿Es verdad que has manchado tu boca con palabra tan ruin y escandalosa?

CATALINA.- Yo, señora tía, tengo oído que así se nombran las mujeres que tienen caliente el cuerpo del deseo de varón, y como es tan notorio que doña Catalina de Aliri echa humo por todos sus cuatro costados, pienso que no he dicho sino lo justo.

ALIRI.- Ya oye a la niña, y dígame si nuestra santa regla me manda sufrir esta deshonra, que si me dice que la sufra, yo la sufriré como Cristo Nuestro Señor sufrió la suya.

DOÑA ÚRSULA.- Catalinica, has de pedir perdón a esta señora.

CATALINA.- ¿Pedir yo perdón? ¿Por qué, por decir la verdad?

DOÑA ÚRSULA.- No eres tú el juez de doña Catalina, para que sentencias verdades o mentiras ni lo que es o no es. De esa soberbia y de tu falta de caridad has de pedir perdón.

CATALINA.- Señora, mándeme cualquier cosa menos eso, que no podría hacerlo. No tengo yo estómago para humillarme así, no puedo.

DOÑA ÚRSULA.- Eres mi sobrina y mi ojito derecho, que si tuviera diez hijas no las querría a todas juntas como te quiero a ti. Por mi amor te lo pido, Catalinica, que lo hagas.

CATALINA.- Por su amor me arrojaré del campanario abajo si es menester, pero humillarme a otra, ni por pienso.

ALIRI.- ¡Buen ejercicio de humildad, en su noviciado!

DOÑA ÚRSULA.- Bien está, sobrina. Yo me humillaré por ti, que doña Catalina me perdone por lo que ha hecho mi pariente, ya que gustas de verme sufrir lo que no quieres sufrir tú.

CATALINA.- Eso no, tía, en manera alguna. Si ha de ser en su servicio, yo lo haré y basta, aunque la cara se me caiga de vergüenza. (A la de ALIRI, rudamente.) ¡Su reverencia me perdone!

ALIRI.- ¿Esas son maneras para ser perdonada?

CATALINA.- (Arrodillándose con brusquedad.) ¿Parece así mejor?

ALIRI.- Más humildad es menester, hija, mucha más.

DOÑA ÚRSULA.- Ya basta, doña Catalina, con que la muchacha haya cumplido, que si le ha costado vencerse, mayor es el mérito.

ALIRI- (Mientras la de ERAUSO se levanta con presteza.) Como diga y disponga nuestra madre, que yo a todo me allano. Y mire, mire doña Ursula si falta vino en su garrafa, que también ahí hace méritos la niña.

DOÑA ÚRSULA.- Vaya, vaya con Dios su caridad y no eche más leña al fuego, no tenga cuidado por la garrafa y déjela a mi cargo. Vaya a recogerse y preparar el alma, que en seguida tendremos oración en el coro, ande, doña Catalina, ande con Dios.

ALIRI- Ya, ya me voy, reverenda madre, no es menester que me empuje.

DOÑA ÚRSULA.- (Empujándola.) No la empujo, hija, no la empujo. Ande, ande.

(Ha salido DOÑA CATALINA DE ALIRI, y cierra la PRIORA la puerta. Se vuelve, con un suspiro, hacia la cabizbaja sobrina. Pausa.)

DOÑA ÚRSULA.- Quién me había de decir, cuando de chica jugaba con mi prima María, tan pava como parecía, que tiempo adelante la picarona me habría de cargar con la más pesada de sus hijas.

CATALINA.- No quiero yo ser carga para nadie, así que déme licencia para irme, y me iré.

DOÑA ÚRSULA.- ¿Has perdido el juicio? ¿A tu casa quieres ir, que tu padre te mate por desobediente?

CATALINA.- No digo ir a la casa de mi padre, sino a buscar mi vida por esos mundos.

DOÑA ÚRSULA.- ¡Miren, qué honrada resolución! ¿Esos son los ejemplos que aquí has tenido, que quieres trocar tus hábitos por la falda arrezagada de las mozas del partido, y amancebarte por las ventas con arrieros y con pícaros en los burdeles?

CATALINA.- ¡Yo no haré nada de eso!

DOÑA ÚRSULA.- ¿No has dicho que quieres buscar tu vida por esos mundos?

CATALINA.- Eso he dicho, mas no que quisiera ser puta.

DOÑA ÚRSULA.- No están las paredes de mi celda hechas a oír ese vocablo.

CATALINA.- Tanto da que lo llame de una u otra manera.

DOÑA ÚRSULA.- Bien está, no digamos más locuras.

CATALINA.- No son locuras, señora tía, sino que bien claro veo que no me llama Dios a esta vida del convento.

DOÑA ÚRSULA.- Piénsalo bien, y si eso es firme yo escribiré a tus padres que te busquen marido y de aquí saldrás para casarte.

CATALINA.- ¿Un marido para mí? Diga mejor demonio. No, tía, no tengo intención de sujetarme a un hombre para toda la vida.

DOÑA ÚRSULA.- ¿Quieres mejor tener muchos para irlos cambiando, puerca? ¡Y aún decía que no quiere ser puta!

CATALINA.- ¿Es que la que no profesa o no se casa por fuerza ha de ser puta?

DOÑA ÚRSULA.- Eres hidalga, y podrías ser criada de respeto en alguna casa noble: cuidar de los reposteros o de la ropa blanca, y en teniendo más edad serías dueña de compañía...

CATALINA.- No, no es eso lo que quiero, no.

DOÑA ÚRSULA.- Pues no hay más. De los tres estados que puedes tener, el de más honor y dignidad es el de monja.

CATALINA.- Una monja es como un fraile, y mil veces oí decir a mi padre que sin comparación dan más lustre las armas que los claustros, que sólo son buenos para mancebos apocados.

DOÑA ÚRSULA. Pro, sobrina, ¿qué tiene eso que ver con nosotras? ¿Acaso tenemos entrada las mujeres en el oficio de las armas?

CATALINA.- Cuando yo era bien menuda, jugaba en mi casa con mi hermano Miguel, y aunque él tenía dos años más que yo, éramos parejos en fuerzas y entendimiento. Pero ahora, él está en las Indias y es alférez, mientras que yo lo más que puedo ser es monja. No lo entiendo.

DOÑA ÚRSULA.- ¿Y qué quieres entender, criatura?

CATALINA.- Pues eso. Que si de chicos los dos valíamos poco más o menos, ¿cómo es que ahora él vale tanto y yo tan poco? En los años que han pasado, los dos habremos crecido igual.

DOÑA ÚRSULA.- Pero él es un hombre, niña. Y las fuerzas y la discreción de la mujer acaban de crecer antes que las del hombre, y así se quedan más chicas; por eso dicen que las mujeres valemos menos.

CATALINA.- Quien eso dice es un sandio y un embustero, porque yo soy mujer y no valgo menos que un hombre.

DOÑA ÚRSULA.- Para Dios todos somos iguales, siendo buenos. Vamos al coro, orgullosica, que necesitas tú más humildad. Tiene en eso razón la de Aliri.

CATALINA.- Después que me he puesto de rodillas delante de ella, no sé cómo podré mirarle la cara sin que la mía se me caiga de vergüenza.

DOÑA ÚRSULA.- Pues ve acostumbrándote, hijita, que sapos más gordos habrás de tragarte sin que se te revuelva el estómago.

CATALINA.- No los sufriré.

DOÑA ÚRSULA.- El primero es el que más cuesta, y luego se nos va ensanchando poco a poco la garganta.

CATALINA.- Siendo así, señora tía, procuraré no tener que tragar nunca el primero, que dice que es el peor, y así no tendré ese ensanche de garganta que dice, no sea que acabe colándose mi honra por tales tragaderas.

DOÑA ÚRSULA.- Deja tu honra en las manos de Dios, que él cuidará de ella mejor que tú, puntillosilla. Vamos al coro y dejemos la charla, que llegaremos las últimas.

CATALINA.- Ay, tía, con este sofoco, pienso que me he puesto mala. Déme licencia que me acueste.

DOÑA ÚRSULA.- ¡Miren, la galopina! ¿Ya queremos excusar el encuentro con la de Aliri? ¿Es que no ves, tontuela, que si no la ves hoy, la verás mañana?

CATALINA.- Tía, que es verdad que estoy mala, yo creo que tengo fiebre.

DOÑA ÚRSULA.- A ver, a ver... **(Toca la frente de CATALINA.)** No sé, yo no sé, me parece que no tienes, pero, por si acaso, anda, hija, acuéstate. Habrás cogido frío, de estar fregando. Dale un tientico a la garrafa y métete en la cama. Yo voy al coro.

CATALINA.- Sí, tía, vaya, que ya estarán todas allí. Voy á sacar el cubo, y me meteré en la cama.

DOÑA ÚRSULA.- No te cuides del cubo. Anda, Catalinica, acuéstate. Al terminar la oración iré a verte. **(Sale.)**

(Se queda sola CATALINA DE ERAUSO, y escucha alejarse los pasos de su tía. Luego, registra la alacena. Toma unas tijeras, un ovillo de hilo y unas agujas. Lo coloca en un lío de trapo en el que también pondrá una bolsa que igualmente hurta de la alacena, tras contar las monedas que contiene.)

CATALINA.- Esto es hecho, ni un día más. Adiós, tía Úrsula, yo cuidaré que no me veas más en los días de tu vida. Antes muerta que poner aquí los pies, quédate con la viuda por quien me has afrentado. No será la de Aliri el primer sapo que yo me trague, señora tía, y yo me cuidaré de que ningún otro lo sea tampoco, que nunca habré de tragar lo que no quiera tragarme. Estos avíos de coser me han de dar patente de mozo y, en siendo hombre, el mundo es una granada abierta para comer por donde quiera. ¡Dineros! Reales de a ocho... Doce son: me los llevo todos, que más falta me harán a mí que no a mi tía: al fin, yo no sé lo que me traerá la suerte... Me los llevo, por Dios; si empiezo con blanduras, no llegaré lejos. Las llaves. **(Toma el manojito de llaves que cuelga de la pared.)** Todas las llaves del convento, todas las puertas en mi mano. Esto es la calle, cuando y a casi no me acuerdo de cómo es una calle. El campo abierto, los caminos,

el ancho mundo... El ancho mundo, esa será la casa de Catalina de Erauso, digo del nombre nuevo que me tengo que dar, que no sé cuál será: el que se me antoje, que hasta para eso soy libre. Todas están en el coro, me han dejado todo el convento vacío para mí. Vacío como ahora está mi vida, para que yo la llene con lo que quiera, sin que nadie me mande lo que he de hacer. ¿A qué espero? Vamos, a la calle. ¡A la calle!

(Sale. Oscuro.)

Cuadro III

Interior barroco de una iglesia colonial. Es la del convento de San Francisco, en la ciudad de la Concepción, del gobierno de Chile y virreinato del Perú. Tres o cuatro indios de multicolores ponchos, arrodillados y sentados sobre sus talones, miran imperturbables ante sí, con los ojos encogidos en el arrugado rostro que se enmarca en el negro cabello, repartido en dos trenzas gruesas y lustrosas. Una dama cabecea sobre una pequeña silla, con su criadita india sentada en el suelo a su lado. Al fondo, otra se confiesa con un padre franciscano de barbas blancas que ocupa un sillón provisto de una negra cortina lateral que le separa de la arrodillada penitente. Apoyado en un pilar, un capitán de engomadas guías se abanica suavemente con su chambergo emplumado: es el capitán DON MIGUEL DE ERAUSO, secretario de guerra del gobernador, y él también parece adormecido por el cálido sopor del sagrado recinto. Una vidriera polícroma manifiesta, con la escasez de su luz, que es la hora de la atardecida, por lo que la mayor parte de la iluminación procede del abigarrado amontonamiento de ya derretidas velas y languidecientes mariposas que apuran su consumido aceite ante el altar más próximo. Flotan los últimos jirones de incienso en el aire denso y soñoliento de la nave. La dama del confesonario se levanta perezosamente y se dirige sin prisas a la que está sentada, en tanto que el confesor, con parsimonia, se quita la estola y, tras besarla, la dobla y coloca sobre el bastidor de la cortina. Tocada en un hombro la amodorrada sedente, se despabila y levanta,

saliendo con su compañera mientras la chiquilla recoge la silla y corre tras ellas. Entre tanto, el sacerdote se dirige al grupo de inmóviles indios y balancea las dos manos con las palmas hacia afuera y los dedos hacia abajo, con lo que inequívocamente les da a entender que es llegada la hora de abandonar la casa de Dios. Agrupados, pero erguidos e imperturbables, salen los expulsados mientras el franciscano se dirige al caballero, y le interroga tras una inclinación de cabeza a la que éste corresponde.

OTAZOLA.- ¿Es el capitán Erauso?

ERAUSO.- Sí, padre Otazola, yo soy.

OTAZOLA.- No le había reconocido, don Miguel. A mi edad y los ojos sirven para poca cosa. ¿Quiere ver al señor alférez? Le avisaré que ha venido y tendrá una gran alegría. Pero dígame, señor, ahora que él no está presente, la verdad de cómo anda su negocio, si se ablanda su excelencia o si se empieza a ablandar por lo menos, que ya son seis meses los que aquí está acogido el pobre mancebo sin ver el sol, que se está quedando más blanco que un papel.

ERAUSO.- Hay que tener paciencia, padre, hay que tener paciencia y considerar que no se ganó Zamora en una hora, y no es mucho el pasarse unos meses en sagrado si con ello se salva la vida, que es lo que importa. Yo intercedo con su excelencia cuando tengo ocasión, y aunque siempre me hace callar, lo cierto es que ya no está el convento rodeado de guardias, como antes. En fin, tiempo es lo que aquí se precisa, y confianza en que todo saldrá bien con tal de que todos tengamos paciencia, y también los reverendos padres, que habrán de seguir con su asilado hasta que las nubes terminen de aclararse.

OTAZOLA.- Si por nosotros fuera, señor capitán, aquí se quedaría don Alonso toda la vida, pues su carácter y buenas partes nos tienen ganada la voluntad, sin contar la caridad cristiana y el derecho de asilo que es fuero de la Iglesia y lo hemos de mantener sobre cuantos gobernadores hay en el mundo y sobre nuestra propia comodidad.

ERAUSO.- Alguien viene.

OTAZOLA.- La iglesia está cerrada, será uno de la casa.

ERAUSO.- Ahí llega, es el alférez Díaz.

(De la penumbra de la iglesia emerge CATALINA DE ERAUSO, con indumentaria varonil.)

OTAZOLA.- Acérquese, don Alonso, que tiene visita: su amigo, el señor capitán.

CATALINA.- Déme acá esos brazos, don Miguel.

ERAUSO.- ¿Cómo van los ánimos, Alonsico?

CATALINA.- Cada vez con más ganas de salir.

OTAZOLA.- Yo, señores, con su licencia, me voy al convento, que allí hago falta.

ERAUSO.- Luego iré yo, reverendo, a que me abran la puerta.

OTAZOLA.- (Haciendo el mutis.) Cuando quiera, don Miguel. Y acuérdesse de lo hablado, no deje de porfiar en el negocio. **(Sale.)**

CATALINA.- ¿Me toca en algo el negocio que decía el padre Francisco de Otazola?

ERAUSO.- (Sacando un bulto que llevaba bajo su capa.) Mira, te traigo algunos fiambres y cosillas de más gusto que el aguachirle de los frailes, que te remedies un poco las tripas.

CATALINA.- Don Miguel, yo agradezco la fineza, pero dígame, por mi vida, si hay algo nuevo sobre mi salida de aquí, que ya va siendo demasiado tiempo sin pisar la calle.

ERAUSO.- ¿Sin pisar la calle? Pues hay quien dice que las más de las noches sale el alférez Díaz por un postigo del convento a tomar el aire, y hasta alguna vez pica el naipe en cierta casa, donde por secreto que se quiera guardar no falta quien se vaya de la lengua, y eso no puede sino encolerizar al gobernador si llegara a saberlo, que yo le conozco bien y es hombre irascible.

CATALINA.- Bien está, confieso que últimamente he salido embozado en la capa alguna noche... No hay cristiano que aguante tantos meses encerrado en una iglesia.

ERAUSO.- Pues ha sido una imprudencia bien manifiesta, don Alonso.

CATALINA.- Lo ha sido, es verdad. No volveré a salir, pero sáqueme, por Dios, el perdón del gobernador cuanto antes, que no sufro más este encierro.

ERAUSO.- ¡El perdón del gobernador! Seguro estoy de que esas son palabras de estos buenos frailes. No será poco que el tiempo lo amanse y puedas escapar a caballo hasta Lima o el Cuzco, o a donde Dios te lleve. ¿Crees que está en su mano perdonar que mataras juntos a un alférez y al auditor general, sin contar a los heridos?

CATALINA.- No lo hice porque quise, sino porque ellos se lo buscaron. El alférez Robles me provocó, me dijo que mentía como cornudo...

ERAUSO.- Y sin replicar una palabra, la entraste la espada por el pecho. ¿Y el auditor, qué? ¿también te provocó?

CATALINA.- Después que maté al alférez, ese auditor me agarró por el cuello de la ropilla y me zamarreó como a un chico de escuela, preguntando no sé qué.

ERAUSO.- Hacía su oficio el desdichado, y bien caro le costó.

CATALINA.- Si yo no le quería matar, sólo le atravesé los carrillos de una puñalada con la daga. Pero aun así no me soltaba, y hube de acuchillarle otra vez. Suya fue la culpa. Y a los heridos no me los miente, don Miguel, que no hay para qué. Cuando cayó el auditor Párraga, todos los que allí estaban se me echaron encima como una nube, y hube de abrirme paso a estocadas hasta alcanzar esta iglesia y acogerme a sagrado. Y de esto hace ya seis meses, que aquí metido más me parecen seis años.

ERAUSO.- Pues, paciencia y aguantar. Digo, si es que queremos librar el cuello de la horca, porque si no, no hay sino que salir a pasear a la luna y, si tropezamos con la ronda, se acabó el refugio de la iglesia.

CATALINA.- Que sí, don Miguel, que ya le digo que no he de poner los pies en la calle, no vuelva sobre ello.

ERAUSO.- Por mi amigo te tengo desde hace años, y me duelo de ver que arruinas tu vida por niñerías.

CATALINA.- ¿Por niñerías?

ERAUSO.- ¡Por niñerías, sí! Ya podrías ser capitán, pero cuando salgas de aquí, si es que sales, hasta el grado de alférez habrás perdido por una pendencia de juego.

CATALINA.- Si al honor llamamos niñerías y han de tragarse los insultos...

ERAUSO.- Bien está, no disputemos ahora nosotros. Sólo te pido algo más de paciencia.

CATALINA.- Pero, ¿no puedo saber, sobre poco más o menos, cuando podré salir?

ERAUSO.- No, no es posible. **(Corta pausa.)** Será cuando haya ocasión de proporcionarte caballo y armas de fuego. Entonces te irás de Concepción, y puede que no nos veamos más.

CATALINA.- Eso no ha de ser, porque yo me jugaré la cabeza para ver cuando sea menester a mi señor de Erauso, que sobre ser amigo lo tengo yo por padre, según siempre me ha favorecido.

ERAUSO.- Don Alonso, entre amigos ayuda el que puede, y nada más.

CATALINA.- No, no, señor. No soy hombre que olvide los tres años que me sentó a su mesa cuando era soldado bisoño, ni que después me sacó del gobernador la bandera que yo gané, ni que siempre me ha ayudado sin yo hacer nada por merecerlo. Yo no olvido nada de eso, no soy ningún ingrato.

ERAUSO.- ¿Y también te acuerdas, socarrón, de cuando hace cuatro años te viniste contra mí espada en mano, y tantas estocadas me tiraste que parecía granizo y todavía no sé cómo pude salvar la vida?

CATALINA.- Demasiado bien me acuerdo, para vergüenza mía. Me cegaba la cólera y no miraba lo que hacía, don Miguel.

ERAUSO.- Eso es lo malo, Alonsico: que tú, cuando te encolerizas, metes mano y despachas al que tienes más cerca.

CATALINA.- ¡Cuerpo de mi padre! ¿Y es que no tenía razón para estar enojado? ¿No me dio acaso una mano de cintarazos como si fuese un muchacho que le ha tomado unos cuartos?

ERAUSO.- Me tomaste la dama, que es más que unos cuartos. En un año de cortejarla no había yo pasado de su reja, y tú en pocos días entrabas en su casa como si fuese la tuya, dime si eso se puede sufrir.

CATALINA.- ¡Bah, don Miguel! A decir verdad, a mí no me importaba nada aquella señora, y sólo la cortejé porque era su dama y quise ver si se la quitaba.

ERAUSO.- ¡Voto a Dios, y qué bellaquería de galán! ¿Y cómo mil diablos lo hiciste para en cuatro días alzarte con doña Juana, que era más dura que una piedra?

CATALINA.- Conozco bien a las mujeres, y sé cómo hablarles y tratarlas para ponerles blando el corazón.

ERAUSO.- Y si tan amigo eres, ¿por qué no me has enseñado esa ciencia en todos estos años?

CATALINA.- No es cosa de enseñar ni de aprender, don Miguel, que es un don de nacimiento.

ERAUSO.- El diablo que te lleve, belitre. En fin, tú eres mozo valiente y despejado y podrías haber hecho carrera en la milicia, pero eso y a no es posible, qué le vamos a hacer. Yo, que pensaba en verte ascendido y bien empleado, ahora me conformo con bien poca cosa, sólo con dormir tranquilo por las noches sabiendo que tú estás aquí quieto, sin salir a esas calles.

CATALINA.- Si sólo pide eso, bien puede dormir como un ángel, don Miguel... ¿Oye?

ERAUSO.- Sí, pasos. **(Pausa.)**

OTAZOLA.- **(Se acerca desde la oscuridad acompañado por DON JUAN DE SILVA, con el sombrero en la mano y espada en el cinto.)** Otra visita para el alférez, ésta es noche de amigos.

SILVA.- Señores...

CATALINA.- ¡Don Juan de Silva! **(Le abraza.)** Vea, aquí tenemos a don Miguel de Erauso...

SILVA.- ¿Cómo está, capitán?

ERAUSO.- **(Frío.)** Muy bien, don Juan. Ya me iba, así que les dejo. Queden con Dios. ¿Lo dicho, don Alonso?

CATALINA.- Lo dicho, don Miguel, vay a tranquilo.

OTAZOLA.- (A ERAUSO.) Le acompañaré a la salida, señor capitán. Venga conmigo. (**Sale, con ERAUSO**).

SILVA.- No le ha hecho gracia al de Erauso ver que te visito.

CATALINA.- (**Ríe.**) Se piensa ser mi maestro, y no gusta de que ande en malas compañías.

SILVA.- De su amo el gobernador se le habrá pegado el ser tan serio y envarado. ¿Qué tienes tú que ver con ese capitán de mesa, que se pasa la vida plumeando papeles?

CATALINA.- Somos del mismo pueblo, y me favoreció desde que nos conocimos. Pero, bien está, dejémoslo y dime si ésta es visita de cortesía o te trae algún especial interés.

SILVA.- Dos cosas me han traído: el gusto de abrazar al amigo, y la necesidad de tener a ese amigo junto a mí en un negocio delicado.

CATALINA.- (**Cautelosa.**) ¿Un negocio delicado?

SILVA.- ¿Conoces a don Francisco de Rojas?

CATALINA.- Es un caballero del hábito de Santiago, le conozco no más que de vista.

SILVA.- Le habrás visto con el capitán Erauso, desde hace meses van siempre juntos.

CATALINA.- Bien pudiera ser. ¿Y por qué preguntas si conozco a ese Rojas?

SILVA.- He tenido unas palabras con él y nos hemos desafiado para esta noche, llevando cada uno a un amigo.

CATALINA.- Ya.

SILVA.- Para un lance así, yo no tengo a otro amigo sino a ti.

CATALINA.- Pero yo no puedo salir de esta iglesia.

SILVA.- Sí puedes, el encuentro ha de ser aquí mismo, junto el postigo trasero. La otra noche paseaste conmigo por toda la ciudad y ahora sólo tienes que trasponer la puerta.

CATALINA.- Sí, muy fácil es... si no hay gato encerrado.

SILVA.- Si piensas que te pongo un lazo para que salgas y que el gobernador te eche mano, no hablemos más. Pensé que te fiabas de mí.

CATALINA.- Sí frío.

SILVA.- No, no te fías. Yo soy quien se fía de ti y de nadie más, así que si tú no vienes, iré yo sólo, que en ningún otro confío para que esté a mi lado.

CATALINA.- A tu lado estaré yo. ¿A qué hora es la cita?

SILVA.- Dentro de nada, al dar las diez.

CATALINA.- Entonces, no iré al refectorio a cenar con los padres. Aquí tenemos unas vituallas que me ha traído don Miguel de Erauso, cargaremos un poco las tripas y saldremos cuando suene el reloj.

SILVA.- Te cuida el capitán como si fueses su propio hijo.

CATALINA.- Es caritativo y remedia mi pobreza, no como otros que sólo se acuerdan de mí a la hora de las estocadas.

SILVA.- Si yo tuviera algo, tan tuyo sería como mío, pero tú y yo somos iguales, la Fortuna nos miró con el ojo torcido, y hemos de mendigar un mal vaso de vino. Pobres nacimos y pobres moriremos, Alonsico, que para ganar los dineros se precisa una ciencia que nosotros no tenemos.

CATALINA.- ¡Oh, qué poco me conoces! ¡Si yo te dijera que soy un consumado comerciante! Yo he tenido tienda, una tienda de telas bien grande, en Saña, y otra en Trujillo, y las dos las desempeñé muy bien y ganaba más plata de la que podía gastar.

SILVA.- ¡Tú estás de burlas!

CATALINA.- No, por cierto. Tuve a mi cargo esas tiendas por cuenta de mi amo Juan de Urquiza, y si hubiera seguido en aquello, ahora tendría tienda propia y sería un hombre rico.

SILVA.- ¡Cuerpo de Dios! ¡Tú en una tienda! ¡Lo vería y no lo creería! ¿Y cómo fue que perdiste ese Potosí?

CATALINA.- La mala estrella que yo tengo. Una tarde fui al teatro, y aquello fue mi ruina.

SILVA.- ¿El teatro? Cuéntamelo, por tu vida, ¿qué pasó?

CATALINA.- Pues que estando yo en un asiento que había tomado, vino un fulano Reyes y me puso otro tan delante y tan arrimado que me impedía la vista. Pedíle que lo apartara un poco, respondió desabridamente, le repliqué, y me dijo que me fuera de allí o me cortaba la cara. Me hallaba yo sin armas, y me hube de ir a mi casa corrido y avergonzado. A la mañana siguiente estaba yo en mi tienda, y vi que el tal Reyes pasaba y repasaba por delante. Cerré mi local y con un cuchillo me fui a un barbero y le hice que lo picara y afilara lo mismo que una sierra. Luego tomé mi espada y salí a buscar al fanfarrón. Lo encontré paseando con otro cerca de la iglesia. Iban de espaldas a mí, llamé: «¡Ah, señor Reyes!». Se volvió y dijo: «¿Qué quiere?». Yo le contesté: «Ésta es la cara que se corta», y con el cuchillo le di en la cara un tajo de diez puntos. Se llevó las manos a la herida, y su amigo sacó la espada y se vino hacia mí. Yo saqué la mía y tiramos los dos hasta que le entré una punta por el lado izquierdo y cayó como un pajarito. Me entré en la iglesia que allí había, y en ella me estuve tres meses. Por causa de aquello, a poco perdí mi acomodo, y como por entonces se estaban levantando seis compañías para Chile, senté plaza de soldado y cambié de vida.

SILVA.- Sí que fue desgracia, por Dios, ya puedes decir que con aquella estocada mataste tu fortuna.

CATALINA.- No lo pienso yo así, antes bien me alegro de aquello, y pienso que de una u otra manera yo me hubiese hecho soldado en todo caso, pues mejor me cuadra a mí la espada que la vara de medir paños, y si soy buen nacido como creo, no había de atarme a una tienda siendo hijo de un capitán y hermano de otro, como si valiese yo menos que ellos. Con el comercio se ganan dineros y con las armas se gana honra, así que bueno fue el trueque y no me arrepiento, aunque por chanza diga a veces lo contrario. Podría ser un rico mercader, pero no sería el alférez don Alonso Díaz Ramírez de Guzmán, ni los hombres de armas me honrarían queriéndome sólo a mí a su lado en un desafío entre caballeros. ¿Digo bien, o no?

SILVA.- Como los mismos ángeles, Alonso. No hay predicador que se te iguale. Buen vino te ha traído tu padrino el de Erauso.

CATALINA.- No bebas tanto, que darás al de Rojas la ventaja. Deja, deja la bota, y después la acabaremos.

SILVA.- El último trago. **(Comienzan a sonar campanadas.)**
Mira, las diez. **(Bebe.)**

CATALINA.- (Señalando la puerta pequeña.) El postigo es ese. Vamos, no les hagamos esperar y piensen que te atrasa el miedo.

SILVA.- Vamos, vamos allá. ¿No llevas la capa?

CATALINA.- (Mientras caminan hacia la puerta.) No vale la pena ir a recogerla, llevo la espada, y basta. Vamos.

(Salen. Se siguen oyendo las campanadas. Se oye entrecuchar las espadas, un ruido fuerte y sostenido que se duplica de improviso, haciéndose más apretado y estridente. El padre OTAZOLA cruza la iglesia, excitado, y se aproxima a la puertecita. El ruido de espadas vuelve, también repentinamente, a tener el ritmo y volumen del principio. Se interrumpe, haciéndose el silencio. OTAZOLA, junto a la puerta, vacila. Cuando la va a abrir, ésta, que sólo estaba entornada, se abre y por ella entra CATALINA, sola, con la espada en la mano. Su aspecto es abatido en extremo. OTAZOLA cierra y se le acerca.)

OTAZOLA.- Don Alonso, ¿qué le pasa? ¿Está herido?

CATALINA.- Ojalá lo estuviera, padre. ¡Ay, quisiera estar muerto!

OTAZOLA.- ¡Qué dices, hijo, pero qué dices!

CATALINA.- ¡Ay, Dios, qué he hecho! ¡Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho!

OTAZOLA.- ¡Valor, Alonsico! Ten buen ánimo y cuéntame todo. Sentimos la riña desde el refectorio, y dos padres salieron por absolver a los heridos. Yo he venido a abrir el postigo para el asilo de quien lo precise, pero no sabía que tú... Cuénteme, don Alonso, qué ha pasado: ¿salió a reñir con don Juan de Silva? ¿Quiénes eran los otros?

CATALINA.- Don Juan estaba desafiado con don Francisco de Rojas y yo sólo le acompañaba. Don Francisco llevaba con él otro amigo, aunque tan oscura está la noche que no nos veíamos el rostro, y los dos desafiados tuvieron que darse el nombre para reconocerse entre ellos. Metieron mano a las espadas y se

embistieron, mientras el otro y yo nos estábamos parados. Fueron bregando, y a poco vi que mi amigo se sentía de una estocada que le había entrado. Desenvainé y me puse a su lado, y el otro al lado de don Francisco. Tiramos dos a dos, y luego don Francisco y don Juan cayeron a la vez. Mi contrario y yo seguimos batallando, hasta que yo metí el brazo y le di una estocada muy recia en el pecho; me pareció sentir que le pasaba un colete de dos antes, y luego la espada entró bien honda. Al caer, dijo: «¡Ah, traidor, que me has muerto!», y me pareció que aquella voz la conocía. Le pregunté quién era, y dijo: «El capitán Miguel de Erauso». Yo me quedé atónito, sin entender lo que había oído, y aquí llegaron los frailes que me han mandado venir mientras ellos confiesan a él y a los otros.

OTAZOLA.- Si ha podido hablar así, sin duda curará. No se aflija, Don Alonso, que no morirá su amigo.

CATALINA.- Sí morirá, sí, que sé muy bien la estocada que lleva. Y no es mi amigo, no, sino mi hermano, mi hermano mayor hijo de los mismos padres, mi hermano.

OTAZOLA.- ¡Hijo mío, qué dices, hijo! Serénate, que estás trastornado.

CATALINA.- Sé bien lo que digo, padre, lo sé muy bien. Y mire que esto se lo digo bajo secreto de confesión, si es que así me quiere escuchar.

OTAZOLA.- En confesión te escucho, hijo, lo que quieras decirme.

CATALINA.- Tras muchos años de no verle, cuando vine a Concepción y me dijo que su nombre era Miguel de Erauso, supe que era mi hermano, pero nunca me di a conocer y gané su amistad con el nombre fingido que yo llevaba...

OTAZOLA.- ¿Luego tú no eres el alférez don Alonso Díaz?

CATALINA.- No, sino la monja doña Catalina de Erauso... Me escapé de mi convento, en San Sebastián...

(Se hace, lentamente, el oscuro.)

Cuadro IV

Un desolado paraje de alta montaña: rocas y nieve, sin el menor rastro vegetal. Los vapores de las nubes cruzan por el aire y desdibujan los perfiles. Tras una pausa que subraya la soledad y abandono de tal desierto mineral, se vislumbran dos sombras de aspecto fantasmal que avanzan penosamente entre los móviles vapores. Cuando se aproximan un tanto, podemos ver que son seres de carne y hueso, aunque tan pálidos y demacrados que su opinión de fantasmas casi se confirma más que se desmiente. Su jadeo es atroz, se tambalean como borrachos, han de tomar fuerzas tras cada paso, extravían la mirada desde el fondo de sus negras ojeras y parecen a punto de desplomarse, pero continúan su camino, envueltos en sus capas. Uno de ellos es CATALINA DE ERAUSO, y el otro es un soldado desertor cuyo nombre no registró la Monja en sus Memorias, por lo que también aquí permanecerá sin él. EL DESERTOR se detiene, vacila sobre sus pies; CATALINA, que le precedía, no se apercibe y prosigue su fatigosa marcha.

EL DESERTOR.- (Con voz entrecortada y doliente.)
Hermano, espérame, por Dios, no corra tanto.

CATALINA.- No se pare, no se pare, que si para no podrá volver a andar.

EL DESERTOR.- Por la Virgen María, no me deje solo, no me deje solo, vuelva.

CATALINA.- (Deteniéndose.) Bien está, ya le espero, camine de nuevo.

EL DESERTOR.- No puedo.

CATALINA.- Sí puede. Vamos, camine.

EL DESERTOR.- No puedo, no puedo, así me salve Dios. No puedo, hermano. Venga y descansemos.

CATALINA.- (Retrocede para reunirse con él.) Eso no, mire que si nos sentamos, no nos levantaremos más.

EL DESERTOR.- ¡Ay, en qué hora salimos de poblado!

CATALINA.- No diga eso, que allí nos hubieran ahorcado, mientras que aquí estamos vivos y libres.

EL DESERTOR.- ¿A qué llama su merced estar vivo y estar libre? ¡Mala vida le dé Dios! ¿Es que ya no se acuerda que esta mañana éramos tres?

CATALINA.- Por perder el ánimo murió su amigo. No lo pierda también, que le pasará lo mismo.

EL DESERTOR.- Murió por no tener más fuerzas que gastar, como yo tampoco tengo. Y también su merced, mi alférez, quedará sin ellas en llegando la noche, y de nada le habrá servido caminar hasta entonces, que morirá lo mismo que si nos dejamos morir aquí, pues no hay salvación ya para nosotros.

CATALINA.- Sí hay salvación. Sí hay, con tal que caminemos adelante, hasta cruzar estos montes y bajar al llano.

EL DESERTOR.- ¿Pero es que no ve cómo estamos, agotados y descalzos y sin más sangre en el cuerpo que las ánimas en pena? Cuando salimos de Valdivia éramos tres hombres a caballo, sanos y fuertes, y luego empezaron las hambres, hubimos de comernos los caballos uno tras otro, destrozamos andando nuestras botas y nuestros pies, y cada vez más frío y más fatiga, cada vez más muertos hasta que Escalona expiró esta mañana y lo dejamos descansando por fin en paz, que todo el día vengo pensando en él con una envidia que no la puedo sufrir, y ya va siendo hora de que hagamos nosotros otro tanto.

CATALINA.- Si en eso ha de pensar cuando se para, más vale que camine. ¡Vamos!

EL DESERTOR.- No vamos sino a la muerte, y para eso bien estamos aquí. Siéntese, don Alonso, o tiéndase en el suelo, y deje que el descanso se le meta en los huesos.

CATALINA.- ¡No, no, no, por Dios, que no! No escapé yo de mi asilo de la iglesia para dejarme morir como un cordero. Catorce meses estuve allí sin poder aguantar aquel encierro, y ahora me acuerdo de ese tiempo y saco fuerzas para andar lo que entonces no anduve.

EL DESERTOR.- Ya oí que su merced se salió una noche de la iglesia, mató al capitán Erauso y se metió otra vez en sagrado, se habló de eso en Valdivia. Ahora estamos delante de Dios, alférez Díaz, encomiéndose a él como yo voy a hacer, que ha llegado nuestra hora.

CATALINA.- Escuche, amigo: levante de ese suelo y dé siquiera unos pasos, que bien pudiera ser que Dios nos haya puesto nuestro remedio aquí mismo, a nuestra vera.

EL DESERTOR.- Qué dice, don Alonso.

CATALINA.- Digo que ahí al lado se ha apartado una nube, y veo dos hombres arrimados a una peña.

EL DESERTOR.- (Levantándose pesadamente.) Serán visiones que le vienen de la debilidad.

CATALINA.- Véalos, están a dos pasos.

EL DESERTOR.- ¡Dios de misericordia! ¡Lo veo y no lo creo! ¡Dos hombres, dos hombres! ¡Eh! ¡Eh, hermanos! ¡Hermanos, Dios les guarde! ¡Dios les guarde!

CATALINA.- (Superpone sus saludos a los de su compañero.) ¡Dios les guarde! ¿Qué hacen aquí? **(Se están acercando ambos a los dos hombres.)** ¿Falta mucho para el llano? ¡Hermanos, digan algo! **(Llega junto a ellos.)** ¡Jesús!

EL DESERTOR.- (Que se acerca más despacio.) ¿Por qué no contestan? ¿Qué es lo que hay, don Alonso

CATALINA.- Hay que están muertos.

EL DESERTOR.- No es posible, así de pie.

CATALINA.- Bien muertos, con las caras azules y las bocas abiertas como si rieran. Venga, acérquese y mire si no dan pavor.

EL DESERTOR.- (Que se acerca.) No, no es posible, no es posible, Señor. Cuerpo de mi padre, si no fuera por la color parecerían vivos. ¿Cuánto tiempo llevarán muertos?

CATALINA.- Lo mismo pueden ser días, que meses o años. El frío los ha conservado como a los tocinos, están helados.

EL DESERTOR.- Vámonos, vámonos de aquí. **(Se aleja.)**

CATALINA.- (Caminando a su vez.) Sí, vamos, no dejemos de andar, no lo dejemos. La muerte está en pararse, hay que seguir. Y si un solo paso cuesta la vida y el alma, hay que darlo; hay que dar ese paso, y sacar luego fuerzas para otro, y para otro, sin parar. Sin parar, amigo, por nada del mundo.

EL DESERTOR.- Mi cuerpo ya no aguanta, don Alonso.

CATALINA.- Aún nos queda algo del tasajo que sacamos de los caballos.

EL DESERTOR.- No eran más que huesos y pellejo, los pobres animales. Pero si faltan las fuerzas no es por la comida, es que revienta un hombre de tanta fatiga, es que no se puede más, no se puede más, y no puedo, don Alonso, y no puedo ya más... por la memoria de mi madre se lo juro, que no puedo, no puedo... (Se detiene y se echa a llorar.)

CATALINA.- ¡Pero qué es esto, qué es esto! ¡Un hombre como un castillo, y llorando como una mujer!

EL DESERTOR.- (Con sollozos cada vez más fuertes.) ¡Ay, no puedo, no puedo! ¡Ay, no puedo, no! ¡Ay, no! ¡Ay, no! (Se deja caer de rodillas, se sienta sobre sus talones, cae sobre un costado.) ¡Ay, ay, madre mía! ¡Ay, ay! ¡Ay!

CATALINA.- ¡Pero no llore, no llore! ¡Buen ánimo, arriba, y sin llorar! ¡Arriba! (Se arrodilla, cogiéndole la cabeza.) Vamos, amigo, un esfuerzo.

EL DESERTOR.- (Más calmado.) No, don Alonso, no me pida ya más esfuerzos, no... Me ha hecho bien llorar... me ha desahogado la fatiga del pecho... estoy... mejor...

CATALINA.- ¡Dios sea loado! Descanse, descanse así un poquico, y luego seguimos.

EL DESERTOR.- Sí, sí... descanso... descanso... un poco..., y luego... (Muere.)

CATALINA.- He expirado, está muerto. También ésta ha muerto. (Se santigua.) Dios le haya perdonado. (Le registra la faltriquera, y saca unas monedas.) Ocho pesos. Si llego a poblado pueden servirme, y si no, otro los tomará de mí cuando

encuentre mi cuerpo helado. Tengo que salir de aquí, tengo que andar. Me queda un trozo de tasajo: si comiese poco tendría para días, pero me quedaría sin fuerzas antes que sin comida. Y si como demasiado, puedo quedarme sin comida antes de tiempo... No pienses tanto, hay que andar, hay que andar. El arcabuz pesa más que la espada y no sirve para nada, lo puedo dejar... No, no lo dejo, no, si empiezo a dejar las cosas, acabaré dejándome y o; cargaré con él. Vamos, andemos. **(Camina tambaleándose.)** Ahora estás sola en verdad, Catalina. ¿Catalina o Alonso? Ya, tanto da... ¡No, no es lo mismo! ¡Alonso, Alonso, por Dios, Alonso! Más solo estás ahora que aquella tarde en San Francisco, cuando oculto en el coro veías sepultar a tu hermano Miguel en la nave de la iglesia. Te dolía el corazón como si se rompiera, y hoy no te duele nada, por eso estás más solo, porque entonces el dolor te acompañaba, y ahora no. Puede ser que te esté acompañando la Muerte, pero esa no es compañía que se note. Se está haciendo noche, ya es más frío el aire y el cielo se pone negro... Dios mío, a qué desierto me has traído a morir, arriba lleno de estrellas y las nubes bajo mis pies... Por matar a mi hermano ha sido, Señor, que permitiste que escapara de Concepción para venir a morir aquí, poco a poco y sin confesión...

(Ha caído la noche casi repentinamente. La luna alumbra las nubes blancas y algodonosas que siguen acompañando el penoso caminar de CATALINA.)

He de caminar toda la noche, toda, sin parar ni un punto, que en cuanto me pare, me helaré. Habré de andar, y andar aunque no pueda, aunque no pueda he de andar, con las botas deshechas y los pies descalzos y sangrando, pero andar, andar, andar, pensar en andar, pensar en andar. Descansar es morir, morir sin lucha como una pobre mujercita resignada. No, eso sí que no. Andaré, andaré hablando en alto para oírme la voz, hablaré lo que primero se me ocurra, o rezaré... Sí, puedo rezar en alto... ¿Cuántos rosarios caben en una noche? Aquí amanece pronto, con diez rosarios o doce como mucho, se viene el día... Tantos rosarios como hube de rezar con los frailes en los catorce meses de asilado, allá en la iglesia de la Concepción, y antes en la de Saña, sin contar los infinitos de cuando era monja... Y ahora, si puedo rezar diez, salvo la vida; en llegando a mañana, salvo la vida... Pero hasta que llegue mañana, cuánto, cuánto, cuánto tiempo, un mar de tiempo...

(Se pierde entre las nubes que invaden la escena, y su voz se apaga. Corta pausa. Aparece la claridad del amanecer sobre un nuevo paisaje que descubren las nubes, análogo al anterior pero que tiene, sin embargo, una importante variante, un árbol seco, reducido al torturado tronco y alguna rama, es el primer heraldo que nunca la proximidad de la vida vegetal. De entre los vapores emerge CATALINA, balbuciendo a media voz la letanía, y andando como si fuese a caer en cualquier momento.)

Stella matutina, Salus infirmorum, Refugium peccatorum, Consolatrix afflictorum... Ya no puedo más, no puedo, no... Consolatrix afflictorum, consuelo de los afligidos... ¡Ah!... **(Se apoya, desfallecida, en el árbol, sin mirarlo siquiera. Corta pausa.)** Señor mío y Dios mío, ya no puedo más... SI tú has dispuesto que muera aquí, ya he alcanzado mi sitio, aquí me tienes, Señor, en tus manos me dejo... Ha llegado mi última hora y no me quejaré, al contrario, bendita sea esta última hora de mi vida, no me cansaré más huyendo de ella, no... Venga al fin la muerte y descanse yo de tanto trabajo, Señor, ya quiero descansar... **(Se echa a llorar. Con cierta sorpresa)** Estoy... estoy llorando... esto son lágrimas... La primera vez, es la primera vez que lloro, sin duda porque voy a morir... **(Sin darse cuenta de que ha dejado de llorar.)** A ti me encomiendo en mi muerte, Virgen Santísima, consuelo de los afligidos, y a tu glorioso esposo San José... He llenado mi vida de orgullo y de pecados y ahora está seco mi corazón, seco y renegrido como este árbol... **(Sin cambiar, al principio, el tono.)** este árbol... ¿cómo ha venido aquí este árbol, quién lo ha traído? Dios mío, ¿cuántos días hacía que no veía yo un árbol? Cierto que está seco, pero antes no lo estuvo y fue capaz de crecer aquí... Ya no pueden estar lejos los árboles verdes, y aquí hay alguna hierbezuela gris... ¡Y es de día! ¡Andemos, andemos! **(Se incorpora, animosa.)** Cuanto más ande, más abajo estaré, puede que hoy mismo llegue a poblado... ¡Ya he salido del reino de Chile y estoy en el de Tucumán! ¡Vamos, Catalina, o Alonso, o quienquiera que seas! ¡Abajo, abajo! ¡Anda, corre, no te quejes más, blando, regalado, alfeñique! ¿No te da vergüenza, haber caído en tal flaqueza y apocamiento? **(Está caminando de nuevo, excitada, pero con evidente debilidad.)** ¡Por Dios, que estoy sin fuerzas! ¿Habré de desmayar ahora, cuando tengo en la mano mi remedio? ¿Qué fuerzas son menester para andar cuesta abajo? ¡Vamos allá, novicia llorona! ¡Oh, si alguien te hubiera visto, llorando a moco! Y te gustaba, te gustaba llorar. ¡Que vergüenza!

(Sale de escena, cojeando y desfallecida. Al pie del árbol, olvidado, ha quedado el arcabuz. Oscuro.)

Cuadro V

Nuevamente nos hallamos en el interior de una iglesia: esta vez es la de San Agustín, en La Plata (hoy, Sucre). Son visibles las gradas del presbiterio y una pequeña puerta con celosía. Luz mañanera, que inunda de claridad la nave. En principio no hay nadie en escena hasta que, procedente de una parte no visible del templo, llega desde un lateral CATALINA DE ERAUSO, que trae en los brazos a una hermosa mujer en camisa y desvanecida, según el canon de los grabados románticos de mayor éxito entre las señoritas decimonónicas. Cuando llega a las gradas del altar, sostiene a la dama semiabrazándola con un solo brazo y, con la mano libre, se despoja de la bizarra capa y la extiende en los escalones para, de inmediato, colocar sobre ella a la desmayada, cuyo rostro orea y abanica con su emplumado chambergo, como un galán cuidadoso y solícito.

CATALINA.- (Abanicando a la señora y con voz suave y amorosa.) Doña María, mi señora, despierte, repárese, que ya pasó el peligro. Buen ánimo, amiga, mi bien, ¡oh, y cómo es hermosa!, ¡qué suavidad y qué blancura! **(La besa suavemente en el rostro, y luego lo hace en los labios. Perezosamente, los brazos de la desmayada rodean a CATALINA, que se separa ligeramente, lo indispensable para hablar.)** ¿Vuelve en sus sentidos, doña María? Looado sea Dios, que ya le asoman los colores.

DOÑA MARÍA.- (Aún soñolienta.) ¿Me ha besado su merced, capitán?

CATALINA.- Vea, señora, que ya estamos en La Plata. Ésta es la iglesia de San Agustín.

DOÑA MARÍA.- (Repentinamente aterrada, se abraza estrechamente a CATALINA.) ¡Mi marido! ¡Mi marido! ¡Por Dios, capitán, defiéndame, no deje que me mate! ¡Que no me mate ese hombre!

CATALINA.- (Que también la abraza.) No tenga miedo, no tema nada, señora mía, que mi vida está delante de la suya, y no es nacido quien le quite la vida a Alonso Díaz

DOÑA MARÍA.- Pero mi marido nos alcanzó cuando amanecía, nos tiró con la escopeta y sentí silbar las balas junto a mí, ¿qué pasó después, don Alonso? Pienso que entonces desmayé...

CATALINA.- Así es, doña María. Yo la sostuve en mis brazos, piqué espuelas, y bajamos al galope aquel cerro embreñado. Don Pedro se quedó atrás, y hasta que entramos en La Plata ya no le vi seguirnos. Sin duda reventaría su caballo, pues sisalió de Cochabamba muchas horas después que nosotros y nos alcanzó hasta tenernos a tiro, por fuerza le hizo correr demasiado toda la noche y no pudo seguirnos las últimas cuatro leguas. Ahora debe de venir al paso, y tardará en llegar.

DOÑA MARÍA.- ¡Oh, capitán, creí morir cuando sentí aquel silbido que hacían las balas!

CATALINA.- Pasaron cerca, sí, pero mayor peligro que ése fue el cruce que hicimos del río de la Plata, que venía tan crecido, con doble carga el caballo y a mitad de la noche, sin ver nada. Eso fue más peligroso que una herida de bala, doña María.

DOÑA MARÍA.- Dios le trajo a mi casa, señor, qué de no ser por su ayuda, yo estaría degollada desde ayer tarde.

CATALINA.- Señora, no me diga nada si no quiere, pero yo no acierto cómo puede ser que en los dos días que me hospedó y regaló en su casa de Cochabamba, todo era allí paz y sosiego y su marido don Pedro parecía el más dichoso hombre del mundo y, sin embargo, cuando ya estaba despedido y a caballo para volverme a La Plata, repentinamente la vi aparecer descompuesta en aquella ventana, gritándome que la llevase conmigo que la quería matar su marido, y sin más se arrojó de lo alto, con riesgo de hacerse mal. ¿Cómo pudo ser tal y tan repentina mudanza?

DOÑA MARÍA.- Aunque es cosa que toca a mi honra, a su merced no puedo dejar de decírselo, como que le debo la vida. Ya conoció, señor, en mi casa, a un joven llamado don Antonio Calderón.

CATALINA.- El sobrino del obispo, sí; comió con nosotros el primer día que allí estuve.

DOÑA MARÍA.- Pues luego que se despidió y mientras preparaba su viaje, quiso mi mala ventura que aquel joven y yo nos viésemos en mi aposento, y cuando estábamos bien descuidados, mi marido, que debía de acecharnos, entró de improviso con la espada en la mano y dio a don Antonio más de cien cuchilladas, desnudo como estaba en la cama, que lo dejó hecho pedazos. Y cuando yo pensaba que me iba a hacer a mí lo mismo, me dijo que no quería condenar mi alma matándome en pecado de adulterio, que buscaría un fraile que me confesase, y después me mataría. Me dejó encerrada con llave, y se fue a buscar al fraile. Considere con qué espanto quedaría, y cómo se abrió el cielo cuando por la ventana vi al señor capitán, que salía a caballo por el portón. Me puse la camisa sobre las carnes y no perdí más tiempo en seguir vistiéndome, sino que le llamé y ya sabe lo demás. A una mujer sin honra ha socorrido, y puede arrepentirse, si quiere, de haberlo hecho.

CATALINA.- ¿Arrepentirme yo, doña María de mi alma? Pues sepa que me pesa de tener que dejarla en este convento porque así me lo ha mandado, que por mi gusto la llevara conmigo al fin del mundo, con tal de tener a mi lado tan acabada belleza.

DOÑA MARÍA.- ¡Don Alonso, don Alonso!

CATALINA.- ¡Oh, y cómo puede haber hombre tan bárbaro que quiera matarla y deshacer tanta hermosura!

DOÑA MARÍA.- Ay, don Alonso, no me mire así, que me avergüenza. ¿Ha llamado al convento?

CATALINA.- No, sólo me cuidé de reanimarla de su desmayo.

DOÑA MARÍA.- Pero hombre de Dios, ¿a qué espera? ¿No ve cómo estoy, si alguien entra en la iglesia?

CATALINA.- (Mientras, de no muy buena gana, se dirige a la puerta con mirador de celosía.) Aún es temprano, doña María, no suele aquí madrugar la gente. (Golpea la puerta.) ¡Ah, del convento! ¡Abran! ¿No hay nadie? ¡Ah, del convento!

(Se abre la ventanilla de celosía, aunque no se ve a la persona que hay tras ella.)

VOZ EN LA CELOSÍA.- Ave María Purísima. ¿Qué se le ofrece, hermano, a estas horas?

CATALINA.- Sin pecado concebida. Aquí está doña María Dávila, que precisa de ver a su madre.

VOZ EN LA CELOSÍA.- Hermano, ¿y quién es la madre de esa señora?

DOÑA MARÍA.- (Se acerca, impaciente.) ¿Es que no sabe que soy la hija de doña María de Ulloa?

VOZ EN LA CELOSÍA.- ¡Oh, la hija de la Priora! Es que soy nueva, ¿sabe? Voy a dar el aviso, y vuelvo al punto.

(Se cierra la madera tras la celosía.)

CATALINA.- Todos los saludos y recados que me dio en Cochabamba para su señora madre, ahora se los podrá dar por sí misma.

DOÑA MARÍA.- Le encargué que le dijese que estoy bien y contenta, y ya ve cómo vengo.

CATALINA.- Su madre fundó este convento al quedar viuda, ¿no es así?

DOÑA MARÍA.- Así es, ¿cómo lo sabe?

CATALINA.- Me lo dijo don Pedro de Chavarría, su marido.

DOÑA MARÍA.- Diga más bien mi verdugo. Tiemblo de verle aparecer por aquella puerta.

CATALINA.- Ya no es razón de tener miedo, dentro de nada entrará en la clausura, y yo dejaré de verla para siempre.

DOÑA MARÍA.- No diga eso en ninguna manera, capitán. Tendrá que visitarme a menudo y no le perdonaré si no lo hace, así que volverá a verme tantas veces como quiera.

CATALINA.- Sí, pero no tan de cerca, ni así, tan...

DOÑA MARÍA.- (Coqueta.) Tan... ¿cómo?

CATALINA.- Tan hermosa. Es más hermosa que el sol que nos alumbra, más hermosa que la vida... Doña María, la adoro como a Dios.

DOÑA MARÍA.- (A media voz.) ¡Jesús!

(La abraza CATALINA y le cubre de besos la cara y la boca. DOÑA MARÍA la abraza a su vez, con fuerza creciente.)

CATALINA.- Esto es una locura, estamos trastornados... Perdóneme, la culpa ha sido mía...

DOÑA MARÍA.- Por qué no nos conocimos antes de que yo me casara, por qué... ¡Ay, qué distinto hubiera sido todo!

CATALINA.- No hay para qué pensar en ello, Dios no lo dispuso así.

DOÑA MARÍA.- (Se repone con un suspiro.) Pero, dígame, capitán, un hombre de sus prendas, ¿cómo no está casado? Porque bien veo yo por experiencia cómo gusta de las mujeres...

CATALINA.- Oh, no me recuerde cosas pasadas, doña María. Es cierto que quiero bien a las mujeres, pero ellas siempre han sido harto crueles conmigo.

DOÑA MARÍA.- ¡Crueles! No es posible, capitán. ¿Qué le han hecho? Ábrame su pecho, cuéntemelo. Venga, sentémonos en la escalera como antes, y me lo cuenta mientras abren las monjas.

CATALINA.- (Sentándose junto a DOÑA MARÍA, sobre la capa en los escalones.) ¿Cómo podré yo hablar de otras mujeres a quien es la reina de todas? **(La va a rodear con el brazo, y ella se retira un poco.)**

DOÑA MARÍA.- Estése quedo, por Dios, don Alonso, que las monjas nos ven por la celosía. Vamos, dígame lo que pasó, cuéntemelo...

CATALINA.- ¿Y qué le voy a contar? Me han pasado tantas cosas... Vea, hace poco, la justicia me puso a tormento por culpa de una mujer.

DOÑA MARÍA.- ¿Que le dieron tormento, capitán?

CATALINA.- Así es. Y sucedió aquí mismo, en La Plata. Estaba yo unos días hospedado en casa de doña Catalina de Chaves, que es mujer principal, y sucedió que esta señora tuvo en la iglesia de San Francisco unas palabras con doña Francisca de Marmolejo, y a tanto llegó la cosa que ésta doña Francisca le dio con el chapín en la cara a mi huésped. Se fue doña Catalina harto mohína a su casa, y doña Francisca se quedó en la iglesia sin atreverse a salir hasta que su marido vino a buscarla para acompañarla a la suya. Y cuando iban por la calle, un indio salió corriendo de una esquina y al pasar junto a ellos, le tiró a la señora un golpe a la cara con un cuchillo o navaja que se la cortó de parte a parte, y prosiguió corriendo, y de manera tan repentina fue todo, que el marido, con estar allí, al principio no cayó en ello. Vino la justicia a casa de doña Catalina, interrogó a todos, y un indio menguado se asustó y con el miedo declaró que me vio salir con vestido y cabellera de indio y con una navaja, y que a poco volví y dije a la señora: «Ya está hecho». Con esto me prendieron y llevaron a prisión, y como no confesaba, me desnudaron y pusieron en el potro, sin tener en cuenta que a los vizcaínos no se nos puede dar tormento por razón de privilegio que tienen nuestros fueros. Y así pasé un recio trago, aunque por más vueltas que dieron a la rueda no me hicieron confesar lo que no había hecho, que no soy tan vil que así me rebaje. Cuando estaba en aquel trance, le Pasaron al oficial que me interrogaba un papel de doña Catalina de Chaves y, cuando lo leyó, me miró y dijo: «Quítese a ese mozo de ahí». Y así salí del paso.

DOÑA MARÍA.- ¿Y, después de Eso, ya no pensó en casar con doña Catalina?

CATALINA.- Ni antes tampoco, nunca tuve semejante idea ni propósito, pues era mujer de mucha edad.

DOÑA MARÍA.- Pero, don Alonso, yo le preguntaba si alguna vez ha estado para casarse, y por qué no lo ha hecho.

CATALINA.- Hará tres o cuatro años, estuve cerca de casarme con dos mujeres a la vez.

DOÑA MARÍA.- ¿Con dos a la vez, capitán? ¿Cómo fue eso?

CATALINA.- Acababa yo de hacer el viaje más peligroso y difícil que hombre ha hecho, cruzando unas montañas grandísimas desde Chile a Tucumán, y llegué tan destrozado y muerto de aquel diablo de camino, que en la primera casa que alcancé tarde unos días en restablecerme. La dueña de aquella heredad, que tenía mucho ganado, era una mestiza hija de español e india, y me regaló mucho y trató muy bien; a los ocho días, me dijo que yo podía ser el amo de aquello si me casaba con su hija, que allí estaba con ella, y que era una moza negra y fea como el mismo Satanás. Dije que me parecía de perlas, y me trató aún mejor. Nos fuimos a Tucumán para celebrar el casamiento, y haciendo compras dilaté el tiempo que pude, y entre tanto conocí allí al canónigo don Antonio de Cervantes, que se me aficionó mucho, me entró en su casa varias veces a comer, y al fin dijo que por qué no me casaba con su sobrina, que tenía una buena dote; la vi, y me pareció muy linda, así que di mi conformidad. Me regaló el canónigo un vestido de terciopelo bueno, doce camisas, seis pares de calzones de ruán, una docena de lenzuolos, y doscientos pesos en una fuente. Todo lo recibí con grande estimación, ocultándolo a la mestiza, y en cuanto pude monté a caballo y, sin despedirme de nadie, me fui al Potosí, que está de allí a quinientas cincuenta leguas.

DOÑA MARÍA.- ¿Y decís, don traidor, que las mujeres son crueles? ¿Quién es el cruel? ¡Oh, con qué duras entrañas hizo Dios a los hombres! Y dígame, señor burlador, esa sobrina de canónigo que le pareció linda, ¿era más hermosa que yo y le dijo a ella las cosas que a mí me ha dicho?

CATALINA.- ¡Oh, doña María, pero qué dice! ¡No hay ni comparación!

DOÑA MARÍA.- Bien tonta es la que fía de hombres. Andad, andad, perverso, llamad de nuevo a esa puerta, que sin duda la portera es necia y no ha dado el aviso.

CATALINA.- (Levantándose y acudiendo a la puerta.) Sí que tarda, sí, en recibirla su señora madre.

DOÑA MARÍA.- ¿Se le hace larga la espera, capitán?

CATALINA.- Si por mí fuera, ya le he dicho que ojalá no la recibiese nunca. (Llama.) ¡Ah! ¡Portera, abra! (Se abre la mirilla.) Hermana, ¿dio el recado a doña María de Ulloa, que está aquí su hija?

VOZ EN LA CELOSÍA.- Lo di, hermano, lo di, tenga paciencia. La Priora se ha puesto mala esta noche y ahora se ha dormido y no la quieren despertar.

CATALINA.- (A DOÑA MARÍA.) ¿Ha oído eso, señora?

DOÑA MARÍA.- ¡Oh, por Dios! (**Corre a la celosía.**) ¡Despiértenla, despiértenla en seguida! ¡Díganle que estoy en un gran peligro de muerte, díganse! (**La celosía se cierra de golpe.**) ¡Ha cerrado en nuestra cara! ¡Oh, capitán, capitán! Mi marido ya no puede tardar, y vendrá aquí derecho a buscarme. ¡Si llega antes de que abran esa puerta, no tengo salvación!

CATALINA.- ¿Cómo puede decir eso, doña María? ¿No estoy yo a su lado?

DOÑA MARÍA.- Calle, calle, don Alonso, de qué servirá eso, sino para que también muera su merced.

CATALINA.- Señora, yo no estoy como don Antonio Calderón, desnudo en la cama, sino con mi espada al cinto.

DOÑA MARÍA.- ¿Su espada? Capitán, mi marido fue maestro de armas del virrey don Francisco de Borja, y tuvo fama de ser de los más consumados diestros de las Indias, así que ya ve que no hemos de fiar mucho en su espada. (**Llama a la puerta, y no responden.**)

CATALINA.- Siempre he fiado en ella, y vivo estoy. Tenga confianza también mi señora, que si llega el caso, ella nos sacará adelante, como siempre ha hecho.

DOÑA MARÍA.- Deje, no hablemos de eso, estamos en las manos de Dios, y será lo que Él quiera. (**Llama de nuevo, en balde. Nerviosa.**) Dígame algo, cuénteme algo, don Alonso, lo que quiera, no me deje pensar. Cada momento que pasa sin que abran esta puerta, es un paso que se acerca la muerte. (**Le coge con fuerza un brazo.**)

CATALINA.- No tenga miedo, por Dios se lo pido (**Intenta abrazarla.**)

DOÑA MARÍA.- (**Apartándose.**) No, no; más pecados, no. ¡Dios mío, vamos a morir!

CATALINA.- No, doña María, en ninguna manera.

DOÑA MARÍA.- Dígame cosas, cuénteme lo que sea. Dice que desde Tucumán se fue al Potosí. Diga, ¿se hizo rico? ¿Hay allí tanto oro como dicen?

CATALINA.- En Potosí ayudé a sofocar la revuelta de Alonso Ibáñez y sus parciales, y después que a todos ellos dieron horca, me nombraron ayudante del sargento mayor, y así estuve dos años, hasta que salió una expedición para los Chuncos y el Dorado, y me uní a ella. Pero, ¿de veras gusta de oír esto, doña María?

DOÑA MARÍA.- Siga, capitán, siga, dígame lo que hizo en el Dorado.

CATALINA.- No hay mucho que contar: llegamos a un pueblo de indios que nos recibieron con las armas, pero al disparar los arcabuces huyeron todos, dejando algunos muertos. Entonces el jefe de la expedición, Bartolomé de Alba, se quitó la celada por limpiarse el sudor, y un demonio de muchacho como de doce años que estaba encaramado en un árbol, le disparó una flecha y se la entró por un ojo y lo derribó muerto. Hicimos al muchacho diez mil añicos. Volvieron a poco los indios en número de más de diez mil, y los cargamos con tal coraje y tal estrago, que corría por la plaza abajo un arroyo de sangre como un río, y fuimos siguiéndolos y matándolos hasta pasar el río Dorado. En aquel lugar encontramos polvo de oro y pedimos fundar allí, pero el gobernador no vino en ello y desertamos más de la mitad, con lo que se deshizo y acabó la expedición. No tardé yo en perder el poco oro que pude tomar... **(Viendo distraída a su compañera, pendiente de la oculta para el público entrada de la iglesia.)** Doña María, ¿me escucha?

DOÑA MARÍA.- (Nerviosísima y sin dejar de mirar hacia la invisible entrada.) Sí, don Alonso, mataron muchos indios y corría un río de sangre por la plaza, a un niño lo hicieron diez mil añicos... como mi marido nos hará a nosotros en llegando... ¿Por qué no abren esa clausura, Dios mío? ¿En qué piensan esas monjas? Llame de nuevo, señor capitán, écheles la puerta abajo...

CATALINA.- (Golpeando.) ¡Hermanas! ¡Hermanas, abran! ¿No oyen? ¡Abran, en nombre de Dios, abran!

(Un ahogado grito de DOÑA MARÍA la interrumpe, y se vuelve a ella. La dama, con los ojos desorbitados, mira hacia la entrada, paralizada por el terror.)

DOÑA MARÍA.- ¡Aaaah!... ¡Capitán! ¡Ahí está! ¡Ahí!

CATALINA.- (Corre hacia DOÑA MARÍA, la levanta de un tirón con una mano, y con la otra recoge la capa y la echa sobre los hombros de la señora, al tiempo que la lleva hacia la puerta de la clausura.) ¡Vamos, doña María! Venga junto a la puerta, y llame sin dejarlo un punto hasta que abran. Haga como le digo.

(Entra en escena DON PEDRO DE CHAVARRÍA, hombre de unos cuarenta años, recio de complexión y descompuesto de talante, con el sombrero puesto, arrastrando la embarrada capa y con la espada en la mano.)

CHAVARRÍA.- ¿Para qué tanto viaje, señora puta, si al fin te voy a degollar lo mismo que si te hubieses quedado en casa?

DOÑA MARÍA.- (Aporreado la puerta.) -Aaaah! ¡Abran, abran! ¡Madre, madre mía! ¡brame! ¡Ábrame, que me matan! ¡Ábrame! (Continuará golpeando la puerta y gritando a lo largo de la escena.)

CATALINA.- (Interpuesta entre marido y mujer.) Quedo, señor Chavarría, y mire que estamos en la casa de Dios.

DOÑA MARÍA.- Hijo de puta, cobarde, yo te enseñaré a sacar mujeres de su casa, rostro sin barba, capón.

CATALINA.- (Desenvaina, llena de cólera.) ¡El capón lo era el que pasaba por tu padre, gran cornudo!

(Se acometen los dos, y chocan las espadas con fuerza, a un ritmo muy vivo. A los pocos lances, CATALINA retrocede repentinamente, llevándose una mano al pecho. Ataca CHAVARRÍA, y se traba de nuevo la pelea. De nuevo CATALINA acusa una estocada, en forma parecida. Se mira la mano manchada de sangre del costado, detiene la acometida de su contrario, y reacciona con gran energía, haciendo sus golpes más rápidos y vigorosos y obligando a CHAVARRÍA a pasar a la defensiva y a retroceder, deteniendo como puede el aluvión de estocadas que le manda. Lleg a DON PEDRO en su retroceso a las gradas del altar, sube dos escalones y, con la altura ganada, intenta recobrar la iniciativa con un potente golpe dirigido a la cabeza de CATALINA. Ésta, con sangre fría, lo desvía con la daga que tiene en la mano izquierda, abriendo así el camino para que su espada entre a fondo y se clave reciamente en el pecho de su enemigo. Retira el hierro la de ERAUSO, y CHAVARRÍA cae hacia adelante, quedando boca abajo sobre los escalones que mancha con su sangre.)

DOÑA MARÍA.- (Continúa llamando a la puerta.) ¡Abran, abran! ¡Abran por Dios! (Viendo que CATALINA, tras envainar, se mira las heridas con gesto preocupado.) ¿Está herido, capitán?

CATALINA.- Dos puntas me entró sin que yo pudiera herirle, nunca lo creyera. Ciertamente debía de ser diestro, sin duda. De éstos que riñen con cifras y compás dicen que con una herida de cuatro dedos que no parece nada, acaban a un hombre. No sé si serán de esa manera las dos que me ha hecho...

(Se abre la puerta de clausura y salen dos monjas con los velos por delante, tapándolas completamente, que toman a DOÑA MARÍA, le quitan de un tirón la capa que arrojan al suelo, y la pasan sin decir palabra, dejándose ella llevar pasivamente.)

CATALINA.- (Antes de que vuelvan a cerrar la puerta.) Hermanas, ¿no me podrían curar? Estoy herido...

UNA MONJA.- Enfrente, en San Francisco, le curarán los padres. Dios le guarde.

(Ciérrase la puerta de la clausura. CATALINA, cabizbaja, recoge su capa y sombrero y, sujetándose la sangre con una mano, se aleja despacio. Oscuro.)

Cuadro VI

Cuzco. Una calle con la fachada de la iglesia de San Francisco y, en frente, un garito de juego en el que son visibles seis personas: en una mesa, cortan el naipe cuatro jugadores, de los que uno es CATALINA DE ERAUSO. Detrás de ellos, otros dos hombres miran a los que juegan, al tiempo que beben del vaso que sostienen en la mano y cambian entre sí alguna palabra en voz baja; uno de ellos es muy corpulento y tiene una enorme barba negra que le cubre el pecho de hombro a hombro, usa amplia capa de bordes recortados apuntas lo mismo que el ala del sombrero, y una enorme espada de las de nueve palmos; se hace llamar el NUEVO CID o, simplemente, el CID, y es un matón profesional que, cuando faltan los clientes, vive del miedo que produce entre sus amigos del hampa. Alternando con los jugadores, CATALINA tiene el vino parlanchín y petulante.

CATALINA.- ¡Dos veces, señores míos, dos veces he estado para que me ahorcaran! ¡Y como dicen que no hay dos sin tres, vendrá la tercera y volveré a dar una higa al verdugo!

JUGADOR 1º.- ¡A la tercera va la vencida!

JUGADOR 2º.- Alférez, cuente cómo se libró de la horca en La Paz, que fue de mérito.

CATALINA.- Lo de iglesia me llamo, iglesia me llamo... ¡Ja, ja, ja! Sí que fue buena burla, por Dios, pero mire, antes de ese día, se me acercó más la muerte en Piscobamba, mucho más. Y vean sus mercedes, todo empezó en una mesa de juego, como aquí ahora.

JUGADOR 2º.- Diga lo que pasó, pero ha de ser con condición que después relate cómo burló a la justicia en La Paz.

CATALINA.- Sea, no diré que no. (**Mientras se habla, el juego continúa.**) Jugaba yo con un portugués que se llamaba Fernando de Acosta, y a una mano que le gané se descompuso y gritó: «¡Válgame la encarnación del diablo!». Yo le dije: «Pues, ¿qué ha perdido para desatinarse así?», y volvió a gritar: «¡He perdido los cuernos de mi padre!», al tiempo que me acercaba las manos a la cara como si me la fuese a coger. Le tiré la baraja a la suya y saqué la espada, pero nos pusieron paz y nos calmaron. A las tres noches de aquello, lo encontré en una esquina, esperándome; tercié la capa, saqué la espada, y fui hacia

él. Se me echó encima, tiramos un poco, le entré una punta y cayó muerto. La calle estaba vacía, nadie me había visto, así que no dije nada y me acosté. A la mañana, el corregidor Meneses me saca de la cama, me lleva a la cárcel, se hace la prueba, y dos testigos que en mi vida había visto declaran que maté al portugués delante de ellos. Me condenan a muerte, apelo, pero se manda ejecutar. Vino un fraile a confesarme, y dije que yo no me confesaba. Vino otro fraile, y lo mismo. Fueron viniendo frailes que me hablaban de las penas del infierno, pero yo, nada: hecho un Lutero. Los frailes le decían al corregidor que si no me confesaba, no me podían ejecutar, pero el corregidor contestaba que mi alma era cosa mía, y si yo quería condenarla Eso a él no le importaba. Me pusieron la ropa de los ahorcados, me montaron en un caballo, y me llevaron a la horca. A mi alrededor, los frailes estaban desesperados. Llegamos al patíbulo y subí los escalones, y los frailes conmigo, dándome gritos y empujones para que me confesara, que hasta me hacían mal. Yo pensaba que suspenderían la ejecución hasta el arreglo de mi alma, pero el verdugo me echó al cuello el cordel y yo creo que ya iba perdiendo la cabeza, porque lo hizo mal y le grité: «¡Borracho, pónmelo bien o quítamelo, que estos frailes bastan para matarme! ». Y en esto entró corriendo una posta de la ciudad de La Plata y dijo que los testigos que me hicieron condenar habían confesado allí que fueron pagados y declararon en falso en mi causa, y así salí de aquello.

JUGADOR 1º.- (Escéptico.) Mucha fortuna me parece ésa, ya con la cuerda puesta, que llegase así el remedio...

CATALINA.- No, yo creo que aunque no hubiese llegado el posta, se hubiese suspendido la ejecución hasta que confesase, los frailes no permitirían al corregidor que les quitara un alma de las manos. Adelantaban aquello para asustarme, pero lo hubiesen suspendido. Al menos, Eso pensaba yo, por Eso no me confesaba.

JUGADOR 1º.- (Parece contrariado.) ¡Envido!

CATALINA.- ¿Qué envida?

JUGADOR 1º.- (Poniendo el dinero y alzando la voz.)
¡Envido un cuerno!

CATALINA.- Quiero, y reviro el otro que le queda.

(El JUGADOR 1º se queda mirando a CATALINA,
ofendido, queriendo y no atreviéndose a pasar a mayores.
El JUGADOR 2º rompe la tensión).

JUGADOR 2º.- ¡No haya más, son burlas de amigo! Alférez Díaz, acuérdesese que prometió contar cómo salvó el pescuezo en La Paz. ¡Estamos esperando!

JUGADOR 3º.- Adelante, don Alonso, que él lo sabe, pero nosotros no.

CATALINA.- Bien está, hágame la merced de llenarme el vaso, que tengo la boca seca. Esto se relata en pocas palabras. Es el caso que yo estaba hace poco en La Paz, y una mañana p laticaba en la puerta del corregidor con un criado suyo, y el diablo lo enredó de manera que vino el hombre a desmentirme y darme con el sombrero en la cara. Saqué la daga, y allí cayó muerto. Me vio todo el mundo, así que me prendieron, y a la cárcel. El procurador sustanció la causa, acumuló otros procesos por otros homicidios que tengo hechos, y me condenó a muerte sin apelación. Esta vez sí me confesé y tomé la comunión. Pero, en cuanto me pusieron la hostia en la boca, la cogí con la mano y la levanté en alto, gritando: «¡Iglesia me llamo, iglesia me llamo!». Todos se alborotaron y me llamaron hereje, pero el sacerdote mandó que nadie me tocara. Llegó el obispo fray Domingo de Valderrama con el gobernador, trajeron palio y luces, y me llevaron en procesión como si yo fuese una santa custodia, con mucha gente y clérigos, a la iglesia. Allí, el obispo tomó la hostia que yo tenía, la puso en el sagrario, y a mí me rayaron la mano, me la lavaron diferentes veces y enjugaron, y yo, ya que estaba en la iglesia, allí me quedé en sagrado, como otras veces antes había hecho, hasta que al cabo de un mes se quitaron las guardias y pude escapar.

JUGADOR 2º.- ¡Buen lance, por Dios! ¡Ya saben sus mercedes cómo hay que hacer para ir de la cárcel a la iglesia!

JUGADOR 1º.- Así, señor Alférez, que su vida es huir de la justicia.

JUGADOR 3º.- ¡La horca le llama!

CATALINA.- También he sido ministro de la justicia, y he mandado a la horca a quien valía más que algunos.

(Sin decir una palabra, el CID, que estaba en pie tras de CATALINA, alarga la mano izquierda y coge un puñado de monedas del montón de las que ella tiene ante sí para el juego. Se las guarda tranquilamente, y CATALINA, pesaba la sorpresa, hace ademán de incorporarse, pero ve que sus tres compañeros ya están semilevantados, mirándola en actitud amenazadora. Disimula, y se distiende. Los demás también lo hacen.)

EL CID.- (Al otro espectador del juego, pero en alto, para ser oído.) Parece que no es tan fiero el león como lo pintan.

UN MIRÓN.- No hay como hablar de sí propio para hacerse fama de valiente y comer y vivir de ella; lo malo es que hay que mantenerla.

JUGADOR 1º.- ¿Así que ha sido ministro de la justicia? ¿Ha sido alguacil, por ventura?

CATALINA.- He sido comisionado, con alguacil y escribano a mi mando.

JUGADOR 2º.- Por vida del diablo, alférez, diga en qué consistió esa comisión, y por qué se la dieron, a pesar de su fama.

CATALINA.- La priora de las monjas de La Plata, doña María de Ulloa, me recomendó a la Audiencia, en agradecimiento por una hija suya que le salvé. Consistía en averiguar y castigar cierta denuncia venida de Piscobamba sobre el alférez Francisco de Escobar, que vivía allí casado, acusándole de haber matado alevosamente a dos indios para

robarles, y haberles enterrado en su casa. Hice cavar en casa del tal Escobar, y encontré a los muertos. **(Pausa. El CID se apoya en el respaldode lasilla de CATALINA. Esta, tensa, prosigue su relato.)** Di sentencia condenándolo a muerte, él apeló y le concedí la apelación. El proceso y el reo fueron juntos a la Audiencia de La Plata, y allí confirmaron mi sentencia y lo ahorcaron.

(Nueva pausa. En medio del silencio, el CID alarga otra vez la mano hacia las monedas. Cuando las está tomando, CATALINA, rápida y fieramente, descarga un golpe con la daga y le clava la mano en la mesa. Se levanta de inmediato, y saca la espada. Lo hacen también los demás, y la acosan entre todos. Viéndose rodeada, se abre paso hacia la calle y allí se traba la pelea. CATALINA se enfrenta con el CID, y recibe de los otros cinco varias ligeras heridas; se vuelve hacia ellos y derriba al JUGADOR 1º, mientras el CID le clava profundamente en la espalda su gran espada. Cuando CATALINA está cayendo, uno de los otros le hunde la suya en el costado. Se desploma pesadamente la de ERAUSO, y permanece inerte.)

EL CID.- Se acabó el alférez Díaz, ya era hora, por Dios.

JUGADOR 2º.- (Por el JUGADOR 1º) Éste también está muerto. No parece que nadie nos ha visto.

JUGADOR 3º.- Si alguien lo ha hecho, será de lejos y no nos podrá conocer salvo a ti **(Al CID.)** que se te conoce en todo caso. Lo mejor será que pases esta noche en la iglesia y, si mañana no te han ido a buscar a tu casa, podrás salir sin temer nada.

EL CID.- Pues a la iglesia voy. Avisadme mañana con lo que haya de este negocio.

(Se van los tres compañeros, y el CID sube los escalones que preceden a la puerta del templo; golpea en ella con grandes palmadas de la mano derecha. Cuando está llamando, CATALINA se mueve, se esfuerza y se levanta. Su respiración es un jadeo tan agudo como un silbido. Conserva en las manos la espada y la daga y, sin poder terminar de enderezarse, se dirige hacia el CID, que deja de llamar y se le enfrenta, desenvainando su larga tizona.)

EL CID.- Perro, ¿todavía vives?

(Se lanza afondo contra CATALINA, con la espada por delante. Para ésta el golpe con la daga y, con un jadeo que es como un gemido, reúne todas sus agónicas fuerzas para lanzar la estocada definitiva, que alcanza al gigante en la boca del estómago y lo atraviesa de parte a parte.)

EL CID.- (Cayendo.) ¡Aaah! ¡Confesión!... (Muere.)

(CATALINA se tambalea, al tiempo que se abre la puerta de la iglesia y salen varios frailes. Cae CATALINA, y los frailes se acercan a los yacentes.)

FRAILE 1º.- (Junto al CID.) Ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. **(A sus compañeros.)** Este está muerto.

FRAILE 2º.- (junto al JUGADOR 1º.) También éste.

FRAILE 3º.- (junto a CATALINA). Y éste se está muriendo. Ego te absolvo a peccatis tuis...

(Oscuro.)

Cuadro VII

Patio de azulejos y macetas en la casa del obispo de Guamanga. Al fondo, la puerta de la calle a un lado y, al otro, una gran ventana con reja. A un lateral, entrada a las habitaciones interiores. Es de noche, pero el buen tiempo permite cenar al fresco, alumbrándose con faroles y un hacha que hay en la pared, junto a la puerta. Sentados a la mesa, platican después de la cena el obispo, FRAY AGUSTÍN DE CARVAJAL, anciano bien conservado y muy vivaz, y su secretario, DON JUAN BAUTISTA DE ARTEAGA, seglar, con edad que estará entre los treinta y los cuarenta años.

ARTEAGA.- ¿No toma más aloja ilustrísima?

CARVAJAL.- No, no, ya he tomado dos vasos. Ay, me temo que he cenado demasiado, y pasaré toda la santa noche dando vueltas en la cama. Pero tome, don Juan, tómese otro vaso...

ARTEAGA.- No, no. Yo tampoco. Si su ilustrísima no toma, yo tampoco.

CARVAJAL.- Pero, hombre, no sea tonto y tómese lo si tiene gana.

ARTEAGA.- No, que luego dice que soy un glotón...
(Escucha.) Gente por la calle. A estas horas, y sin recogerse, mala gente será.

CARVAJAL.- Será la ronda.

UNA VOZ.- (Fuera.) ¿Quién va?

VOZ DE CATALINA.- Amigos.

LA VOZ.- Diga quién sea.

VOZ DE CATALINA.- El diablo.

ARTEAGA.- ¿Ha oído? ¡El diablo! ¡Algún bigardo!

CARVAJAL.- Sí, buena respuesta de bravucón... Pudiera ser el alférez Díaz, parece que está en la ciudad. Don Baltasar me dijo que le vio la otra noche en una casa de juego y lo quisieron prender, pero él sacó una pistola de tres bocas y escapó, aunque dicen que se ha escondido y no ha salido de Guamanga (**Se oye chocar de espaldas.**) Escuche, ya están riñendo.

(A través de la ventana del fondo se entrevé en la oscura calle la pelea de CATALINA y los alguaciles.)

UNA VOZ.- ¡Favor a la justicia!

CARVAJAL.- (Levantándose.) Vamos allá, don Juan, no vayan a matarse.

ARTEAGA.- Pero, ilustrísima, ¿a qué nos hemos de meter nosotros en esa pendencia?

CARVAJAL.- ¿Es, por ventura, la del obispo una casa para que se maten los hombres a su puerta?

ARTEAGA.- Será la ronda que prende a un borracho, y nada más.

CARVAJAL.- Pudiera ser el alférez. (**Mira por la ventana.**)

ARTEAGA.- ¿Y qué, que lo sea?

CARVAJAL.- No quiero que le maten.

ARTEAGA.- Ese alférez es un facineroso que ha matado a muchas gentes de bien. Es un peligro acercársele, y no dejaré que su ilustrísima lo haga.

(Se oye un disparo, y un gemido con el ruido de un cuerpo que cae al suelo.)

CARVAJAL.- (Con urgencia.) Tome ese hachón y venga conmigo. ¡Vamos!

(Sale, y ARTEAGA lo hace tras él, con el hacha encendida en la mano. Persiste el ruido de las espadas.)

VOZ DE CARVAJAL.- ¡Ténganse todos! ¡Quietos todos, en nombre de Dios! ¡Déjense las armas! (**Cesa el entrechocar de espadas.**)

UNA VOZ.- Aparte, ilustrísima, apártese, no resulte herido.

VOZ DE CATALINA.- Señor, hay aquí muchos contrarios.

VOZ DE CARVAJAL.- Démelas, que seguro está conmigo y le doy palabra de sacarle a salvo, aunque me cueste cuanto soy.

VOZ DE CATALINA.- En estando en la iglesia, besaré los pies de vuestra señoría ilustrísima.

UNA VOZ.- ¡Vamos, mátenle, mátenle!

(Las espadas chocan de nuevo. Se oye un nuevo gemido y, de nuevo, un cuerpo que golpea el suelo. Silencio.)

OTRA VOZ.- Ahora ha sido García Pedrosa.

(Entra precipitadamente el obispo en la casa, llevando cogida del brazo a CATALINA. Tras ellos, lo hace ARTEAGA.)

CARVAJAL.- (Al tiempo que entra.) Venga conmigo, alférez, entre en la casa. (A los de fuera.) Digan al corregidor don Baltasar de Quiñones, que el alférez está en mi casa y yo respondo por él. Cierre la puerta, don Juan.

(Obedece ARTEAGA, mientras CARVAJAL conduce a primer término a CATALINA, que tiene ensangrentada la mano izquierda. Le toma el obispo la espada, que ella se deja tomar, y la hace sentar.)

CATALINA.- Dios se lo pague, señor.

CARVAJAL.- Está herido, alférez.

CATALINA.- No, ilustrísima, estoy bien, gracias a su ayuda.

CARVAJAL.- Tiene herida la mano, véala.

CATALINA.- Ah, pues es cierto. Ni lo había notado, esto no es herida, sino rasguño.

CARVAJAL.- Herida o rasguño, ha de curarse. (A ARTEAGA.) Don Juan, diga al ama que traiga al punto agua clara y unas hilas limpias, y retírese luego a dormir.

ARTEAGA.- ¿Se va a quedar a solas con este hombre?

CARVAJAL.- Sí, señor. Haga como le digo, y mire que traigan ya a mismo lo que he pedido. Ande, ande.

ARTEAGA.- (Saliendo.) Como mande, aunque mejor fuera que me quedase.

CARVAJAL.- Vaya con Dios (Sale ARTEAGA.) ¿Así que tengo delante al alférez don Alonso Díaz Ramírez de Guzmán?

CATALINA.- Al servicio de su señoría ilustrísima, para cuanto quiera mandarme.

CARVAJAL.- Su nombre es conocido en todo el Perú, aunque no puedo decir que su fama sea buena.

CATALINA.- Pues, señor, ¿qué se dice de mí, aquí en Guamanga? Porque yo nunca he cometido villanía, ni cosa que me deshonne ni avergüence.

CARVAJAL.- Dicen que vaga de un lugar a otro, dejando tras de sí un rastro de sangre y de muerte. Veamos, ¿de dónde ha venido?

CATALINA.- Del Cuzco.

CARVAJAL.- Se sabe que allí mató al escolta del corregidor, uno al que llamaban el Cid, y a un amigo suyo.

CATALINA.- Fueron ellos, señor, quienes quisieron matarme a mí, que libré por la misericordia de Dios y el cuidado de los padres franciscanos, que me curaron cuando estaba a punto de muerte. Cuando pude montar, que tardé cuatro meses, me encaminé acá, aunque pasé por Guancavélica, dando algo de rodeo.

CARVAJAL.- ¿Pasó por Guancavélica, dice?

CATALINA.- Sí, quería ver la ciudad apaciblemente y sin pendencias, pero un alcalde de corte de Lima que allí estaba me conoció y mandó a un alguacil y a un negro que me prendiesen. Dos hombres son pocos, así que los maté a los dos y salí de la ciudad. Me vine para Guamanga, y en el camino me alcanzaron tres alguaciles que habían mandado contra mí. Antes de pelear les dije que mirasen por sus vidas, pues sólo eran tres para un hombre como yo, y Dios les abrió el entendimiento, porque me pidieron perdón y se volvieron sin sufrir daño alguno. No digo esto por jactancia, señor, sino porque vea que sólo mato a los que me quieren matar.

(Entra una DUEÑA con un aguamanil, lienzos e hilas. El obispo se levanta, lo recibe todo, y con una seña la despide.)

CARVAJAL.- Veamos esa herida.

CATALINA.- Pero, ¿qué herida, si está secando sola y ni siquiera corre y a la sangre?

CARVAJAL.- Algo corre, aún. Deje que la lave.

CATALINA.- ¿Que su señoría ilustrísima va a lavarme a mí la mano?

CARVAJAL.- Los pies quisiera yo lavarle, don Alonso, según es el deseo que tengo de ganarme su confianza y su amor, pues no hay padre que quiera a su hijo como yo a su merced **(Se pone a curar la herida.)**

CATALINA.- Pero, señor, si ni siquiera me conoce...

CARVAJAL.- De oídas le conozco hace tiempo, pues son muchos los que hablan del alférez Díaz, pero basta que Dios le haya traído con su mano a mi puerta para que por mi propio hijo le tenga, que si he podido evitar que sus cinco contrarios le matasen, pienso que le he dado la vida, y así no es mucho que le quiera como al hijo único habido en la vejez, cuando ya no me queda tiempo para criarle bien encaminado hacia la eterna salvación...

CATALINA.- Señor, no diga Eso, que yo bien sé que le debo la vida y me tengo por todo suyo.

CARVAJAL.- ¿Y cómo puede ser todo mío, si ni siquiera se me confía?

CATALINA.- ¿Que no me confío, cuando estoy desarmado y en sus manos, que puede hacer de mí lo que quiera? Haga llamar al corregidor si es su gusto, y verá que no resisto.

CARVAJAL.- (Vendándole la mano.) No le he quitado yo de las manos del corregidor para volverle a poner en ellas, señor alférez, no piense de mí tal ruindad.

CATALINA.- Perdóneme, señor, no quise decir Eso, sino que me confío del todo a su ilustrísima.

CARVAJAL.- Si es así, dígame en confianza el nombre de sus padres y algún suceso de su niñez que tenga en su memoria.

CATALINA.- (Tras una ligera vacilación.) ¿En confianza? No sé qué ha querido significar, porque Eso es fácil de decir... mi padre fue don Lorenzo Díaz, de la villa de San Sebastián, y mi madre doña Francisca Ramírez de Guzmán, también de allí; yo soy el hijo tercero que tuvieron, y me dedicaron a las armas porque no quise hacer estudios, pues fui siempre un muchacho poco inclinado a libros...

CARVAJAL.- (La interrumpe.) Dios está con nosotros y nos escucha, hijo, y en su divina presencia quiero corresponder a su franqueza, y acá entre nosotros le digo que sé por menudo cómo hace años dio muerte en Concepción a un amigo a quien tenía por hermano y por padre, y Eso es lo que me hace temer por su alma, pues si llegó a matar a quien tanto veneraba, ¿a quién no matará si lo pide la ocasión? Así discurre su vida, de muerte en muerte hasta que le toque ser muerto, sin haber dejado espacio para la virtud y las buenas obras, que son la moneda que por nuestra salvación hemos de pagar. Mírese a sí mismo, y véase siempre fugitivo, pues en todas las ciudades y pueblos hay orden de prenderle, y ya no hay sangre ni crimen en todas las Indias que no le achaquen aunque lo haya hecho otro, mire si no cómo le acusaron hace poco de la muerte del corregidor de Cuzco, y por su matador le tuvieron hasta que apareció el verdadero. Vea que cada vez está más acorralado, todos quieren acabarle, y unos por bravear y otros porque le tienen miedo, por la cara o por la espalda todos piensan en matarle, que hasta los

mismos corregidores y ya quieren hacerle matar mejor que ponerle preso, y se dice que el Nuevo Cid estaba pagado por el corregidor para que le matara simulando una pendencia. Ya ve, don Alonso de mi alma, que el peligro crece y crece y se va cerrando en torno suyo sin que ya pueda excusar la muerte a cada paso, pues aun durmiendo en su posada puede ser muerto por cualquier alguacil o por cualquier mal hombre. No sé si me entiende, don Alonso, hijo mío, lo que quiero decirle...

CATALINA.- Señor, entiendo que me dice que tengo la muerte cerca. Eso ya lo sé, ilustrísima, y no la temo. Cuando venga, Dios sea loado.

CARVAJAL.- No esperaba otra respuesta, señor alférez, de su conocido valor, pero acuérdesse que detrás de la muerte está Dios, y dígame si a él tampoco le teme.

CATALINA.- Cristiano soy, aunque pecador.

CARVAJAL.- Piense en el espanto de encontrarse de improviso ante el divino juez sin estar apercebido para ello, piense en la santa ira de Dios y en las penas eternas que aguardan sin remisión a los muertos en pecado. Muchos de los que su merced ha matado habrán muerto así, son almas que Dios ha perdido, y bien le podrá castigar por ello dejando que se pierda también la suya, pero es tal su misericordia, que esta noche le ha tomado de la mano y le ha traído a esta puerta, a los brazos de su padre que le pide llorando que cambie su vida, que la sosiegue y reduzca y se arrodille a Dios, que le ha de perdonar si lo hace de corazón y de verdad...

CATALINA.- Siempre he vivido, señor y padre mío, en la confianza de que Dios me perdonaría...

CARVAJAL.- Le creo, don Alonso, pues sería gran disparate no confiarse a Dios, después de confiarse a mí como ha hecho... Dijo que su padre fue don Lorenzo Díaz, ¿no es así?

CATALINA.- Sí... (**Vacila, de nuevo. Pausa.**) No, no es así. La verdad es Ésta: que soy mujer, que nací en San Sebastián, hija del capitán Miguel de Erauso y de doña María Pérez de Galarraga y Arce; que me entraron de cuatro años en el convento de San Sebastián el Antiguo, con doña Úrsula de Unzá y Sarasti, mi tía; que allí me crié; que tomé el hábito y tuve noviciado; que

estando para profesar, por una reyerta que tuve con otra monja me salí, me fui a un castañar y me desnudé de monja y me vestí de hombre; me corté el cabello; estuve en varias ciudades de España sirviendo como paje, hasta que resolví venir a Indias; y, para no ser prolija, baste decir que me embarqué, aporté, trajiné, maté, herí, maleé, correteé, hasta venir a parar en lo presente, y a los pies de su señoría ilustrísima.

CARVAJAL.- (Tras larga pausa.) Hijo... o hija, no sé cómo llamarla... En fin, ¿Eso es así?

CATALINA.- Sí, señor.

CARVAJAL.- No se espante que su rareza inquiete a la credulidad.

CATALINA.- Señor, es así, y si quiere salir de dudas vuestra señoría ilustrísima por medio de matronas, yo me allano.

CARVAJAL.- Conténtame oírlo, y vengo en ello. **(Toca una campanilla.)** Y supuesto que sea mujer como dice, ¿cuál es su nombre?

CATALINA.- Catalina de Erauso, señor.

(Entra la DUEÑA que antes trajo los útiles de la cura.)

CARVAJAL.- Un servicio me has de hacer, hija, que es de importancia. Ve con este señor y con el ama Alfonsa -si está durmiendo, la despiertas- a un aposento, y mirad las dos si este caballero es en verdad mujer, como él dice, y acude al punto a darme cuenta. Aquí espero, y quiero que esté hecho antes que dicho. **(Corta pausa, impuesta por el pasmo de la interpelada.)** ¡Vamos!

(La estupefacta DUEÑA, tras una furtiva mirada de asombro a CATALINA, hace una confusa reverencia a su señor y sale seguida por el alférez, que también inclina la cabeza ante el obispo, con viril brusquedad, antes de cruzar la puerta. Se queda solo CARVAJAL, aunque apenas un momento, pues entra por donde se fue su secretario, JUAN BAUTISTA DE ARTEAGA.)

ARTEAGA.- No lo creeré aunque me lo juren doscientas comadres puestas en cruz.

CARVAJAL.- ¿Qué es esto, señor Arteaga? ¿No estaba en la cama?

ARTEAGA.- ¿De veras pensó que iba yo a dejarle solo con ese demonio? Me quedé ahí, a la escucha y dispuesto a salir si fuera preciso.

CARVAJAL.- ¿Está diciendo que escuchó lo que hablábamos?

ARTEAGA.- Palabra por palabra, ilustrísima. Diablo de hombre, lo que ha urdido en un momento.

CARVAJAL.- ¿Así, piensa que ha mentido?

ARTEAGA.- ¿Y no ha de mentir? Ahora estará degollando a las criadas para coger la plata que vea y escapar por un balcón...

CARVAJAL.- ¡Por Dios, y con qué flema lo dice!... Sólo que no hará tal cosa, don Juan: ¿no ve que están ahí sus armas?

ARTEAGA.- No le costará mucho tener otras?

CARVAJAL.- ¿Y por qué no ha de ser una mujer

ARTEAGA.- Porque es locura y más que locura, ilustrísima. Considere su vida, y verá que hasta para un hombre es demasiado, cuánto más para una mujer.

CARVAJAL.- Pero el rostro sin barba es propio de mujeres.

ARTEAGA.- Y de capones, si los castraron de muchachos. Muchos tienen al alférez por capón.

CARVAJAL.- Pues ya ve, yo tenía desde hace años mi sospecha de que fuese mujer.

ARTEAGA.- ¿Sólo por no tener barba?

CARVAJAL.- Por la confesión que al morir me hizo el provincial de los franciscanos de Concepción, que le ayudó a escapar cuando mató al capitán Erauso.

ARTEAGA.- Sería el padre Francisco de Otazola. ¿También él lo sabía por confesión?

CARVAJAL.- Señor Arteaga, no quiera saber más de lo que he dicho, ni divulgue una palabra de lo hablado.

ARTEAGA.- Puede estar tranquilo.

CARVAJAL.- ¿No parece que tardan? Cerciorarse de eso debe de ser cosa breve.

ARTEAGA.- Si el alferez resulta ser mujer y se pone de conversación con las otras, ya se sabe lo que son las mujeres cuando se juntan...

(Llaman a la puerta.)

CARVAJAL.- Pase. **(Entra la DUEÑA.)** ¿Se ha hecho como dije?

LA DUEÑA.- Sí, señor. Las dos la hemos mirado y la hallamos ser virgen intacta. Y vean ahora cómo se les viene y si parece la misma.

(Hace entrar a CATALINA, que está vestida de monja, sin más recuerdo de su anterior atavío que la venda de la mano.)

CARVAJAL.- ¡Loado sea Dios! Os venero como a una de las personas notables de este mundo, y prometo asistirlos en cuanto pueda.

CATALINA.- Dios se lo pagará, señor.

CARVAJAL.- Dios te ha alumbrado para que tomes esos hábitos, hija mía, pues si estás conforme, tengo determinado que entres en el convento de monjas clarisas que aquí en Guamanga tenemos.

CATALINA.- De eso quiero yo hablar con su señoría ilustrísima, y dejar bien clara mi voluntad.

CARVAJAL.- Hablaremos, hija, hablaremos en su momento.

CATALINA.- Ahora, señor. Hablaremos ahora.

CARVAJAL.- Sea como tú dices, bien está. Déjenos solos, y miren de no escuchar tras de la puerta. Adiós. **(Salen ARTEAGA y la DUEÑA.)** Dime, hija, dime lo que te da cuidado. ¿No quieres entrar en nuestro convento?

CATALINA.- Sí quiero, pero como señora alojada, no como profesora, pues yo no llegué a profesar, y no tengo por qué quedar atada. Me he puesto este hábito que había en el aposento en que me han mirado, porque me parece bien alojarme con las madres clarisas mientras se arreglan mis negocios con la justicia, pero nada más; por Dios, no voy a dejar que se me enclaustre a la fuerza.

CARVAJAL.- ¡Jesús, a la fuerza! No, hija, en ninguna manera ha de ser Eso así. Pero sí será menester que se pida confirmación a tu convento de España de si profesaste o no, y en tanto que eso llega, que pasará un año o más, puedes estar muy bien en este convento, y yo cuidaré por mí mismo de que estés tan a tu gusto y bien tratada que no haya más que pedir. ¿Te parece bien así?

CATALINA.- Así ha de ser, señor, y en Eso confío. Y mire que cuando se confirme desde España que no profesé, no he de profesar ahora, ni por pienso, sino que he de volverme allá para pedir al Rey nuestro señor que me convalide y reconozca el empleo de alférez que gané con mi sangre, y me señale la renta que le es propia, pues de algo tendré que vivir y no quiero hacerlo de limosna, aunque de limosna esté el tiempo que me alojen en el convento.

CARVAJAL.- Por Eso no te inquietes, hija, que la calidad de tu trato ha de ser cual si aportases una dote de las mejores, y yo cuidaré de ello. En lo de que Su Majestad te confirme el grado de alférez ya no me meto ni hay para qué, pues es cosa que va más para largo, aunque no dejará de parecerle peregrino el tener en sus reales ejércitos a un alférez con faldas.

CATALINA.- No haya cuidado de que yo lleve faldas, que en cuanto salga del convento, volveré a llevar calzón, o no seré yo quien soy.

CARVAJAL.- En Eso, hija, no sé qué decirte, pues es cosa que, siendo conocida, necesitará licencia de la autoridad eclesiástica.

CATALINA.- Si hace falta una licencia, al propio Papa iré a pedírsela, que, una vez en España, Roma no queda lejos. ¿Cuándo ha pensado que vaya al convento?

CARVAJAL.- Esta noche dormirás aquí, en una cama que te armarán en la capilla; mañana por la mañana relataré todo este suceso al señor corregidor y a la priora del convento, y puede que a la tarde ya podamos ir allá si el gentío que llenará las calles nos deja que andemos, pues en cuanto se sepa que el alférez Díaz es monja, no habrá en Guamanga quien no quiera verlo. Vamos a disponer que duermas. **(Se levantan.)** ¿Qué harás con esas armas?

CATALINA.- (Tomándolas.) Las tendré conmigo envueltas en un paño, que al fin, no tengo otro ajuar.

(Salen ambos. Oscuro.)

Cuadro VIII

Roma. Sala de audiencias en el Vaticano. El SUMO PONTÍFICE URBANO VIII BARBERINI y el CARDENAL MAGALONE conversan, mientras el segundo sirve al primero un cordial para reanimarle: de una tallada licorera escancia el vino rancio en una diminuta copa, quedando todo ello sobre una bandeja pequeña de plata que guardará en polícromo armario decorado con una escena mitológica, después que el Papa haya limpiado sus labios con un lenzuelo que igualmente quedará sobre la bandeja. Tras el sillón de Su Santidad, un guardia suizo sostiene su alabarda en posición de firmes.

URBANO VIII.- Cada vez me cansan más las audiencias. Ya quedan pocas, ¿no es verdad?

MAGALONE.- Sólo una, Santidad.

URBANO VIII.- Ah, la de la Monja Alférez. Quise que fuese la última del día, que me sirva de esparcimiento y descanso por su gusto y curiosidad. Extravagante caso, el de esa mujer.

MAGALONE.- Así será, pero al fin, ella ha sacado lo que quería.

URBANO VIII.- Veo que su eminencia sigue sin aprobar el breve con que la autoricé a vestir de hombre.

MAGALONE.- ¡Santidad, cómo no habría de aprobarlo!

URBANO VIII.- El negocio está ya resuelto, y ahora estamos solos: diga su pensamiento con llaneza.

MAGALONE.- Me inquieta que se diga que Su Santidad autoriza indecencias.

URBANO VIII.- ¿Indecencias? Esa mujer es un alférez del Rey de España, el propio Felipe IV le ha confirmado el empleo. Y ahora, dígame, ¿cómo ha de vestirse un alférez? ¿de hombre, o de mujer? La cosa es clara, eminencia, o al menos, yo no le veo dificultad.

MAGALONE.- ¿Qué ocurrirá si otras mujeres invocan el precedente y quieren vestir de hombre?

URBANO VIII.- Que depositen en mi secretaría sus despachos de alférez como ha hecho Ésta, y yo les daré licencia de llevar calzones.

MAGALONE.- ¡Santidad!

URBANO VIII.- Ya lo habéis oído: dadme otra monja alférez, y le concederé lo mismo.

MAGALONE.- Comprendo, comprendo.

URBANO VIII.- (Remacha.) Pero, eso sí: tiene que ser alférez, es conditio sine que non. ¿Cree que habrá muchas peticiones?

MAGALONE.- Ninguna, Santidad.

URBANO VIII.- Ninguna, gracias a Dios.

MAGALONE.- ¿La hago entrar?

URBANO VIII.- Tengo oído que muchos príncipes y cardenales la suelen recibir desde que llegó a Roma.

MAGALONE.- No hay en la urbe recepción ni velada que se tenga en algo si no está ella, Santidad. Toda Roma desea conocerla.

URBANO VIII.- Sin duda que su eminencia ya la conoce.

MAGALONE.- Hace días, en el palacio Colonna, y luego, la otra tarde, en el Senado, cuando la nombraron ciudadano romano honoris causa.

URBANO VIII.- Sí, y a lo sé. Todos la conocen, menos el Papa. Siempre será el Papa el último de los siervos de Cristo. En fin, hágala, hágala pasar.

(Hace el cardenal una rápida genuflexión de la rodilla derecha, y se dirige a la puerta o el lateral que hace sus veces. Se oye, a poco, la voz de algún fraile portero, o ujier, que llama.)

LA VOZ.- (Fuerte y prosódica.) ¡Alférez doña Catalina de Erauso!

(El cardenal da a besar su anillo a la recién entrada CATALINA, y con un gesto de la mano la invita a acercarse al Papa. Trae la alferez arreos militares de gran gala, como la ocasión requiera: coraza bien bruñida y brillante, capa roja, botas como espejos y, sobre el antebrazo izquierdo, la metálica celada de ala curva apuntada delante y detrás, con cimera en forma de cresta adornada por un rojo penacho; el mismo brazo sostiene la espada y el borde de la capa, para evitar que la una y la otra arrastren por los suelos. Pese a la forzosa inmovilidad del tal brazo, CATALINA se mueve suelta y espontáneamente. Hince una rodilla en tierra ante el Papa, y éste le manda que se levante con una leve seña de la mano.)

URBANO VIII.- Acercaos, hija, venid. Sentíamos gran curiosidad por conoceros, pues tenéis una fama muy fuera de lo común. **(Mientras hablaba el Pontífice, CATALINA se le ha acercado y, en llegando a él, se postra de nuevo y besa el pie de Su Santidad, que a tal efecto éste ha colocado sobre un diminuto taburete o escabel dorado con cojín de púrpura.)** Alzaos, alzaos y tomad asiento. **(Se levanta CATALINA, y se sienta en una silla algo baja que hay ante el Papa, desviada aunlado, que el cardenal le ha mostrado; éste permanece en pie junto a URBANO VIII que, por su parte, ocupa un amplio sillón rojo y dorado de elevado respaldo.)** Así que vos sois la Monja Alférez de que habla toda Roma.

CATALINA.- Yo sólo soy el último súbdito de Vuestra Santidad.

URBANO VIII.- Pienso que ya os han dado nuestra licencia para vestir en público vuestras galas militares y toda ropa de varón.

CATALINA.- Así es, Santo Padre, y a dar gracias vengo por ese beneficio.

URBANO VIII.- Muchas cosas querría preguntaros, pero antes que nada dadme noticias de mi amadísimo hijo el Rey Felipe, pues que le habéis visto hace poco.

CATALINA.- Dos veces, Santidad, he estado con él departiendo de cosas de mi vida, de las que es muy curioso, y en las dos ocasiones gozaba de muy buena salud, gracias a Dios.

URBANO VIII.- No me sorprende, hija mía, que el Rey Católico sea curioso de vuestra vida, pues es una vida de tan peregrina rareza en una mujer, que mueve a curiosidad a todo el mundo, como ha ocurrido en la Ciudad Santa y como a Nos mismo nos ocurre, que también el Papa es humano.

CATALINA.- Si algún caso particular quiere saber por menudo, yo se lo relataré a Su Santidad de muy buen grado, y aun mi vida entera, si no es que su duración le cansaría.

URBANO VIII.- Ante todo, y como cosa más capital y propincua de vuestro estado, quisiera yo saber por vos misma cómo es que llegasteis a ser alférez, por ver si se confirma lo que otros me han contado.

CATALINA.- Pues Eso fue, Santidad, en las Indias, donde yo era soldado. Un reino hay allí llamado Chile y en él viven los indios araucanos, que son los más bravos y fuertes de toda aquella tierra y nuestros permanentes enemigos. En una batalla que tuvimos con ellos en los llanos de Valdivia, mataron a nuestro alférez y se llevaron la bandera. Viéndola llevar, partimos tras ella tres soldados de a caballo, por medio de gran multitud de contrarios. En breve cayó muerto uno de los tres; los dos que quedábamos seguimos adelante y llegamos hasta la bandera, pero mi compañero cayó de un bote de lanza. Yo recibí un mal golpe en una pierna, pero maté el cacique que la llevaba, se la quité, y apreté con mi caballo, atropellando, matando e hiriendo a infinidad, mientras iba recibiendo heridas que

procuraba no sentir. Cuando llegué con los míos, caí del caballo con tres flechas y una lanza clavadas en mí, que costó meses el curarme. Por aquello se me concedió la bandera que gané, y serví como alférez cinco años en la compañía del capitán Gonzalo Rodríguez, hasta que en la batalla de Puren lo mataron los indios y quedé yo como capitán por seis meses.

URBANO VIII.- Es asombroso en verdad, hija mía. ¿Y decís que también habéis sido capitán? No sabía yo esa circunstancia.

CATALINA.- Lo fui interinamente, pero el gobernador no me confirmó el empleo porque no fue de su gusto mi demasiado celo en hacer justicia.

URBANO VIII.- ¿En hacer justicia? Pues, ¿cómo es Eso?

CATALINA.- Un cacique indio que se había hecho cristiano, pero hacía tiempo que nos había traicionado, muchas veces nos atacaba por sorpresa con los suyos y nos solía hacer daño. Se llamaba don Francisco Quispaguaucha. Una vez que dio alarma a mi compañía, nos encontramos los dos en la batalla. El tenía un buen caballo, pero yo cabalgaba mejor, de manera que le derribé al suelo y se me rindió. Al punto lo hice colgar de un árbol, y el gobernador, que lo quería tener vivo, se enojó conmigo y dio mi compañía al capitán Casadevante, aunque a mí me prometió otra para la primera ocasión.

URBANO VIII.- ¿Y esa ocasión ya no se presentó?

CATALINA.- No, Santidad. Poco después, por un pique de juego maté a un alférez y a un auditor, y mi vida vino a cambiar de manera que ya no pude dejar de ir de uno a otro sitio, siempre perseguida y siempre matando para vivir...

URBANO VIII.- Hasta que Dios cruzó en vuestro camino a un santo obispo y os acogisteis a un convento, ¿no fue así?

CATALINA.- Así fue, Santo Padre. En el convento de clarisas de Guamanga estuve cinco meses y, cuando mi buen obispo murió, pasé a Lima, donde tanta gente se juntó en las calles, para ver a la Monja Alférez, que me vi en las hieles para entrar al palacio del arzobispo. Comí con el virrey don Francisco de Borja y entré luego en el convento de la Santísima Trinidad, que es de comendadoras de San Bernardo, un convento muy

grande y muy bueno, donde estuve más de dos años, hasta que llegó de España razón bastante de cómo no había hecho los votos perpetuos, con lo que me salí de con las monjas, que lloraron mucho mi partida, me puse de nuevo en hábito de hombre, y fui a España, a que Su Majestad el Rey me confirmase mi empleo de alférez con la renta precisa. Lo demás ya lo sabe Vuestra Santidad, que no descansé hasta venir a Roma a besar como cristiano los pies del Santo Padre.

URBANO VIII.- Y a tomar licencia de llevar calzones, hija, que parece que no podéis vivir sin ellos según el interés que habéis mostrado.

CATALINA.- Santidad, ellos me han hecho vivir como yo quería, con libertad y honestidad a un tiempo.

URBANO VIII.- Y con agitación, peleas y peligros, muertes y heridas dadas y recibidas... Yo me pasmo, hija mía, de cómo una doncella puede tener una vida así, tan ajena a la condición de su sexo y sus potencias.

CATALINA.- Cada uno tiene la vida que quiere tener, Santo Padre, que a todos nos dio el albedrío Dios Nuestro Señor para que viviéramos conforme a nuestra natural inclinación. Así, yo tuve desde chica inclinación a las armas por los ejemplos que en mi casa veía, y como no hay en el mundo mujeres de armas, tuve que ser hombre de armas, y Eso fui.

URBANO VIII.- Sin entrar en disputas teológicas sobre el albedrío y sus circunstancias, lo que me maravilla es que una mujer no sienta pavor ante un hombre armado que se arroja contra ella, sino que pelee con él y lo venza y lo mate, con lo que a mi parecer dáis ciento y raya a las mujeres fuertes de la Sagrada Escritura.

CATALINA.- Pues no se maraville Su Santidad, que es la cosa más fácil y llana del mundo. Si, como es notorio, un hombre de verdad no ha de conocer el miedo, y yo quiero ser un verdadero hombre, me cuidaré muy bien de que ni el menor punto de miedo entre en mi corazón, y esto lo tendré siempre presente y en especial cuando peleo, que más quisiera morir que sentir la vergüenza de tener miedo; y así, a poco miedo que mi contrario tenga, ya está en mis manos, pues bien sabido es que, en una pelea, la vida del miedoso es la que se pierde.

URBANO VIII.- Cardenal, ¿qué dice de este valor?

MAGALONE.- Su valor, su determinación, toda su historia resulta extremada en esta mujer, que a mi manera de ver no tiene más falta que ser española.

CATALINA.- A mí me parece, señor, bajo la corrección que se debe a vuestra señoría ilustrísima, que no tengo otra cosa buena.

URBANO VIII.- Lo cierto, hija amadísima, es que causan asombro vuestros hechos, que os califican de mujer extraordinaria y prodigio de la Naturaleza en que es bien visible la omnipotencia de Dios, y en atención a ello os hemos dado licencia de vestir ropas de varón y ceñir espada, si bien en adelante deberéis absteneros de ofender al prójimo y derramar la demasiada sangre que hasta aquí habéis derramado. Temed la venganza de Dios sobre su mandamiento non occides, no matarás, y seguid siendo honesta, ahora que sois conocida como mujer y despertáis mayor curiosidad. Desde mi corazón de padre os doy estos consejos y advertencias. Id con Dios, hija. **(CATALINA se levanta de la silla, se arrodilla y besa de nuevo el pie del Pontífice, en tanto que éste la bendice.)** Benedicat vos omnipotens Deus, Pater, Filius et Spiritus Sanctus, amen...

(Tras santiguarse, se incorpora CATALINA y sale de la estancia, acompañándola el cardenal hasta la puerta, que abre un familiar y que ella cruza tras hacer una reverencia al Papa y besar el anillo de MAGALONE. Éste se vuelve, despacio, hacia su Santidad, que se levanta pesadamente de su sillón.)

MAGALONE.- Ésta era la Monja Alférez. Ya la conoce también Su Santidad.

URBANO VIII.- Una curiosidad de la Naturaleza, cardenal. Un prodigio, un fenómeno singular, y nada más. ¿Recuerda que hace años trajeron a que viésemos un gatito con alas que había nacido en Benevento?

MAGALONE.- Sí, las tales alas no eran más que unos pliegues en la piel de los costados...

URBANO VIII.- Los portentos que no se propagan ni repiten no encierran peligro alguno, se les pueden dar honores y permitirles que se muestren para asombro y pasmo de curiosos. En cambio, si a esta Monja Alférez le saliesen imitadoras y discípulas, no nos quedaría otro remedio que hacerla quemar... No aquí, claro está, sino en España, por medio de la Santa Inquisición...

MAGALONE.- En todo caso, las mujeres vestidas de hombre son cosa indecente, Santidad...

URBANO VIII.- Hay un orden natural establecido por Dios, un orden que divide el mundo entre hombres y mujeres y a cada parte le señala sus funciones según sus respectivos atributos. Si una persona quebranta el orden, lo común es que el propio orden la destruya: esta mujer hubiera acabado como una ramera más de las que siguen a los ejércitos, pero ella ha conseguido salirse con su empeño, y así se ha convertido en un prodigio que está fuera del orden, sin beneficiarlo ni perjudicarlo. Si hubiese muchas Catalinas de Erauso, entonces, sí: entonces, ese orden se quebraría...

MAGALONE.- Sería el caos...

URBANO VIII.- U otro orden distinto, cardenal. Nosotros no lo sabemos ni lo vamos a saber nunca, el singular caso de la Monja Alférez no nos lo ha esclarecido... Vámonos, la mañana ha sido pesada, y estoy cansado.

(Ambos se van hacia alguna salida distinta de la que ha usado CATALINA. Mientras caminan hacia ella, se va haciendo el oscuro.)

Cuadro IX

La escena representa nuevamente el camarote del galeón del cuadro I. Sentado a la mesa y ojeroso, don MIGUEL DE ECHAZARRETA da fin a la lectura del cuaderno de la Monja Alférez, arrimándose a la ya casi consumida luz que durante la noche le ha alumbrado. Cierra con un suspiro la última hoja, y mira en los papeles sueltos que hay sobre la mesa. Lee uno de ellos.

ECHAZARRETA.- Demonio de mujer... Veamos si hay algo más en estos otros papeles... tachado..., tachado..., éste está escrito: **(Lee.)** «Pasado mes y medio que estuve en Roma, me partí de allí para Nápoles, el día 5 de julio de 1626. Embarcamos en Ripa. En Nápoles, un día, paseándome en el muelle, reparé en las risotadas de dos damiselas que parlaban con dos mozos. Me miraban, y mirándolas, me dijo una: señora Catalina, ¿a dónde se camina? Respondí: señoras putas, a darles a las dos cien pescozones, y cien cuchilladas a quien las quiera defender. Callaron, y se fueron de allí». Vaya por Dios, este lance está escrito en forma más breve y desabrida...

(Se dispone a buscar más escritura en otros papeles, cuando entra CATALINA.)

CATALINA.- Pero, ¿cómo está aquí leyendo todavía, don Miguel?

ECHAZARRETA.- ¿Ya de vuelta? No ha sido larga la partida...

CATALINA.- ¿No ha sido larga, y se está haciendo de día?

ECHAZARRETA.- Oh, por la gloria de mi padre, ahora echo de ver que su cuaderno es más largo de lo que me parecía... Aquí me tiene, don Antonio, que ya le ha dado fin y ahora estoy con las hojas sueltas... **(Revolviéndolas.)** aunque todas están en blanco o tachadas, sólo hay Ésta de Nápoles...

CATALINA.- Lo último que he escrito, con ella estaba cuando entró a decirme que ya perdíamos de vista la costa portuguesa...

ECHAZARRETA.- Española, don Antonio, española, que también en ella reina don Felipe, nuestro señor. Pero no sé si la interrumpí, porque parece que el relato de ese suceso napolitano queda algo corto...

CATALINA.- Estaba considerando si añadir algún comentario o dejarlo sin tocar, y no sabía qué hacer, aunque creo que no haré nada. Al tiempo que escribía Eso, sentía un desánimo y una pesadumbre tales, que se me quitaban las ganas de seguir escribiendo esta historia de mi vida, y puede que por Eso me saliese tan corto el capítulo.

ECHAZARRETA.- Pues, ¿de qué le vino, don Antonio, esa pesadumbre que dice? Porque el lance no parece que tenga sustancia para dar tanto de sí...

CATALINA.- ¿Y no la ha de tener? Aquellas dos chiquilicuates que se reían de mí, no hicieron más que mostrarme a las claras lo que a las turbias venía yo notando desde el punto en que me descubrí al obispo de Guamanga, aunque cerrara los ojos para no verlo.

ECHAZARRETA.- ¿Y qué es lo que no quería ver?

CATALINA.- Pues que soy una mona de feria, don Miguel.

ECHAZARRETA.- ¡Qué es lo que dice, por Dios!

CATALINA.- Otros me han tratado con más discreción que las mujercillas de Nápoles, pero lo cierto es que cuando relataba hechos de mi vida en la época en que todos me tenían por hombre, se me oía con envidia, o con incredulidad, o con miedo, o con fastidio, pero siempre como a una persona como otra. Mientras que ahora, cuando las mismas cosas las he referido en

la mesa del virrey del Perú o en la audiencia del Rey de España o del Papa de Roma, o en las mil veladas de nobles y príncipes a que he asistido en estos últimos años, me miraban como a una mona que da extremadas y nunca vistas volteretas para pasmo y diversión de los presentes, y nada más. Y lo peor es que tanto gusto he tomado a esto de las volteretas, que me he puesto a escribir un libro para seguir dándolas en papel impreso por librerías y bibliotecas... En fin, esto pensaba cuando escribía lo de Nápoles...

ECHAZARRETA.- Pues yo no veo mal en que los hechos notables se conozcan...

CATALINA.- Es que los hechos de mi vida no son notables por lo que son, sino porque los hice yo, que soy una mujer. La mujer con barba o la mujer forzuda que los niños contemplan en la plaza mientras un hombre toca el tambor y la muestra a los curiosos. Yo no soy Eso, don Miguel. Mi diferencia con las demás mujeres no está en lo que hice, sino en que quise hacerlo. Quise vivir según mi propio gusto y mi propia inclinación natural. Lo quise hacer y lo hice, nada más. Por qué las demás mujeres no lo hacen, es cosa que no entiendo ni tiene que ver conmigo, lo cierto es que se quedan sujetas a su convento o a su marido, y se resignan, no sé por qué. Cualquier mujer que quisiera, si lo quisiera de verdad, podría hacer lo que yo.

ECHAZARRETA.- No diga Eso, que no es cierto. Una mujer cualquiera hubiera muerto mil veces, de haber llevado su vida.

CATALINA.- No lo crea, todo es empeñarse en tener valor y no sentir miedo, ya se lo dije al Papa... A poca fortuna que acompañe, la cosa es llana. No hay para qué mirarme con la boca abierta como a un fenómeno extravagante, ni señalarme con el dedo hablándose en voz baja unos a otros, como si viesen al gigante Malambruno; yo no soy un gato con alas, como alguno dijo en Italia... Viviré como, quiero, sí, pero sin ser toda mi vida el entretenimiento de todos los saraos, siempre contando las mismas cosas para maravillar a las mismas gentes... No, no, bastante de esa vida de mona sabia he tenido en estos años de España y de Italia, por Eso me vuelvo a las Indias, aunque no al Perú, que allí soy demasiado conocida y estaríamos en lo mismo... En fin, mucho he hablado...

ECHAZARRETA.- (Tras una pausa.) Vaya por Dios, don Antonio, no sé qué decir...

CATALINA.- Diga si no es cierto que también su merced ha leído mis papeles como si viese a una mona saltando en la jaula.

ECHAZARRETA.- Por Dios, don Antonio, no diga Eso.

CATALINA.- Sí, sí, mucho don Antonio para arriba y para abajo, pero me gustaría saber lo que de verdad piensa de mí.

ECHAZARRETA.- ¿Y qué he de pensar? Pienso que los dos somos vizcaínos, que vamos en el mismo barco, y que si el barco se hundiera nos ahogaríamos juntos.

CATALINA.- (Ríe.) Ya he tenido varios naufragios y no me he ahogado, don Miguel, que nado como un pez, ¿no lo ha leído en el cuaderno?

ECHAZARRETA.- (Ríe, también.) Sí, es cierto... Pero, dígame, ¿tiene pensado lo que hará en llegando a las Indias? Puede seguir como alférez en la flota, aquí el trabajo no es mucho y ganaría su paga en la vida que le gusta...

CATALINA.- ¿La vida que me gusta? No, no, señor Echazarreta, los barcos son demasiado estrechos, yo quiero andar caminos largos por tierras bien grandes y despejadas... Tengo determinado hacerme arriero en Nueva España, ¿qué le parece?

ECHAZARRETA.- (Decepcionado hasta la incredulidad.)
¿Arriero? ¿Ha dicho Eso?

CATALINA.- Sí, arriero. Con los dineros que llevo, compraré unas mulas y unos negros y llevaré bultos desde Veracruz a México y otros sitios. Los fardos de ropa son de frecuente acarreo, y cómodos de manejo, a más de que son carga que no agota a las bestias, así que habrá poca pérdida. **(Corta pausa.)**
¿No dice nada?

ECHAZARRETA.- Si he de decir verdad, no me parece que esa sea la ocupación de lustre que debiera tener una persona de sus prendas.

CATALINA.- ¡Oh, el lustre! Mire, don Miguel, yo he servido en los ejércitos de Su Majestad y me he honrado con el ejercicio de las armas hasta venir a parar en prodigio de barraca y figurón de teatro. No más, no más. Quiero mirar ahora a mi provecho al tiempo que a mi gusto, y cabalgar por aquellas tierras altas que todavía no conozco haciendo un oficio oscuro, pero libre y desembarazado, sin más amo que yo mismo. No me hable ya de la gloria de las armas, don Miguel, que en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño y en algo me ha de servir la experiencia de lo ya vivido para no vivir engañada los días que me quedan.

(Pausa. ECHAZARRETA está cabizbajo.) Vea, ya es de día. **(Ambos miran el ventanal, por cuyas vidrieras entra una claridad gris, suficiente aunque mezquina, CATALINA sopla el farol, y comenta, en tono de broma.)** Un nuevo día, señor Echazarreta, que es como decir una vida nueva.

ECHAZARRETA.- (Suspira.) De alférez a arriero... Qué quiere que le diga, no me gusta el cambio... **(CATALINA ríe, sin decir nada. Corta pausa.)** ¿Quién es hoy el oficial de guardia?

CATALINA.- Don Teodoro de Molina. Mañana me toca a mí.

ECHAZARRETA.- Le dejo que duerma don Antonio, que ha pasado la noche en blanco, como yo. Nos veremos en la comida, ¿verdad?

CATALINA.- Nos veremos.

ECHAZARRETA.- (Paternal.) Pero duerma, no se ponga a escribir. Deje, cerraré la ventana, que en estos viajes de ida, el sol da en los camarotes de popa en cuanto sale. **(Cierra las maderas, y sume la escena en la penumbra.)** Así está mejor, ¿ve? Acuéstese, don Antonio, acuéstese. Ea, quede con Dios.

CATALINA.- Hasta pronto, don Miguel.

(Sale ECHAZARRETA. CATALINA se descíñe la espada y la deja sobre la mesa. Luego, va al ventanal y abre de par en par maderas y vidrieras a la vez, para mirar al exterior. Se oye el ruido del mar en el casco del galeón. Frente a CATALINA está el sol recién salido, un enorme disco dorado cuya luz entra a raudales, inunda el hueco y convierte a la asomada Monja Alférez en una confusa silueta rodeada por un halo.)

Madrid, 1986